

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

morir en la sombra

lucky marty



Estaba allí por asesino, en ese bajo mundo de hombres sin conciencia, donde el robo y el crimen son los delitos más comunes.

Y no obstante, Alex Masson tenía «algo» distinto a los demás condenados de la penitenciaría del estado de Nueva York. Algo que no podía definirse ni explicarse, pero que le diferenciaba del resto de los hombres que purgaban sus negras culpas allí.

Para empezar, Alex Masson era un inadaptado: uno de esos presos que son trasladados de prisión en prisión, porque allí donde ponen las plantas de sus pies crean siempre algún conflicto.



Lucky Marty

Morir en la sombra

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1069

ePub r1.0

Lds 24.02.18

Título original: *Morir en la sombra*

Lucky Marty, 1971

Cubierta: Miguel Garcia

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Estaba allí por asesino, en ese bajo mundo de hombres sin conciencia, donde el robo y el crimen son los delitos más comunes.

Y no obstante, Alex Masson tenía «algo» distinto a los demás condenados de la penitenciaría del estado de Nueva York. Algo que no podía definirse ni explicarse, pero que le diferenciaba del resto de los hombres que purgaban sus negras culpas allí.

Para empezar, Alex Masson era un inadaptado: uno de esos presos que son trasladados de prisión en prisión, porque allí donde ponen las plantas de sus pies crean siempre algún conflicto.

Entre los reclusos de Sing-Sing

se comentaba que aquel tipo había tenido su último hospedaje en Chino y que antes, mucho antes de aterrizar con sus huesos por Chino, ya había conocido las húmedas celdas de la prisión de Arkansas y en un principio las del estado de Chicago.

También se rumoreaba que había segado de un solo tajo el gaznate de su esposa y que con la misma arma, había dejado clavado en el profanado lecho conyugal al rival que una noche entró furtivamente en su casa.

Pero vaya usted a saber. Todo esto no eran nada más que simples habladurías, comentarios de patio de unos hombres que nada tenían que hacer en aquellas horas en que les sacaban de sus celdas, como no fuera hablar de sus propias hazañas, o meter las narices en las vidas ajenas.

Lo que era cierto, es que por el mismo Alex Masson nadie sabía una sola palabra de las andanzas que le habían llevado al penal. Estaba allí destinado en la celda 2302 del tercer piso del ala derecha y apenas despegaba los labios para decir:

—¡Fuera! ¡Largo! ¡Al diablo! ¡Dejadme en paz!

Pero si bien el enigmático Alex Masson era parco en palabras, la mirada gris de sus pupilas eran más que elocuentes y bastaba sólo mirar aquellos ojos para saber si su dueño aceptaba o repelía al que se acercaba a él.

¡Y pobre del que no comprendiese su mudo lenguaje!

La bofetada sonaba fuerte en todo el patio, empezaba la pelea, y como sabía muy bien esgrimir sus duros puños, muchas veces el osado quedaba convertido en papilla antes de que sonaran los silbatos de los guardianes y acudieran con sus porras a solventar la cuestión.

Incluso con la intervención de los vigilantes aquella fiera no lograba calmarse. Les esperaba con sus largas piernas abiertas en compás y los puños cerrados y entonces las escenas que seguían, se convertían en un agradable espectáculo para los reclusos.

Hasta se cruzaban apuestas a ver a cuántos guardianes tumbaba antes de que pudieran dominarle.

Infaliblemente el rebelde Alex Masson pasaba a dormir a las celdas de castigo, pero eso no parecía importarle mucho. Cumplido el arresto volvía a las andadas y por todo comentario solía decir:

—Me importa un «higo» lo que me pase. Sé que moriré en la «sombra» y cuanto antes reviente, mejor.

Lo malo es que la Naturaleza había sido muy generosa con él y que debido a su extremada fortaleza, por más arrestos, golpes o castigos, Alex Masson bien podía resistirlo todo y tardar más de un siglo en «reventar», como decía él.

Pero en compensación se ganó el respeto de muchos y la admiración de no pocos. Los mismos guardianes decían de él:

—Alex es de los presos que lleva escrito en la frente: «No me toquéis».

Así las cosas, una mañana que todos los reclusos estaban en el patio central tomando el sol, ocurrió algo que tarde o temprano tenía que suceder. Alex Masson no hacía mucho que había salido de cumplir su último arresto y como era habitual en él se apartó todo lo que pudo de sus compañeros.

Se dedicaba a mirar la punta de su cigarrillo encendido como si la madeja de sus recuerdos estuviera centrada allí, cuando de pronto escuchó el claveteo de unas botas que se acercaban.

No levantó la vista porque ya sabía quién era. Llevaba dos meses en el nuevo penal y era lo bastante inteligente para distinguir por las pisadas al dueño de aquellas botas. Además, Nino Moretty tenía una forma especial de andar.

Nieto e hijo de emigrantes italianos, Nino Moretty era un típico producto de los bajos fondos neoyorquinos. En su niñez había pasado mucha hambre y la adolescencia la pasó en los reformatorios; pero allí adquirió escuela y antes de los veinte años ya tuvo la primera acusación por haber matado a un hombre. El fiscal se mostró duro con él, pero por aquellas fechas Nino Moretty contaba con buenos amigos que le sacaron absuelto.

El resto fue coser y cantar.

Había pasado otros veinte años jugando al escondite con las autoridades, sin que jamás pudieran volver a hincarle el diente. Veinte largos años dedicado a crear un imperio dentro del mundo del hampa, en donde el nombre del escurridizo italiano se cotizó lo suyo.

Ya se sabe: el dinero da poder... ¡la inmunidad!

Lástima de un pequeño desliz, un simple descuido y... ¡A pudrirse en la cárcel!

Pero aun allí, confinado entre aquellos altos muros, Nino Moretty era alguien. Disponía de una celda especial en la planta baja, recibía todas las visitas que quería por medio de sus cinco abogados y hasta nunca perdía la esperanza de una posible revisión de su condena.

Los guardianes procuraban no tropezar con Nino Moretty y uno que fue lo bastante tonto para hacerlo, se vio, de la noche a la mañana y sin saber de dónde le venía el golpe bajo, trasladado a Alaska en donde tuvo que ponerse a dirigir el tráfico.

Entre los otros reclusos, Nino Moretty era toda una autoridad. En el penal no se hacía nada sin consultarle a él y puede decirse que hasta daba el visto bueno, o lo negaba, cuando algún preso tenía que dirimir cuestiones particulares con otro.

Por eso, se consideró obligado a sostener una charla con Alex Masson, deseando informarle de las costumbres establecidas allí, o quizá temeroso de la creciente fama de aquel joven rebelde.

Pero Alex Masson bien pronto se dio cuenta de que Nino Moretty no avanzaba sólo hacia él. A cinco pasos de distancia se

oían las botas de Aldo Anastasia, las de Bruno Venny y también las de aquella bestia de Charlie *King*, el tipo de la fea cicatriz en la mejilla.

Nino Moretty terminó por plantarse ante el preso de la mirada gris y por todo saludo dijo:

—¿Qué tal, Alex? ¿Cómo te trataron, muchacho?

—No te importa.

—Me importa y de eso quiero hablarte.

—Desembucha, Spageti.

Al oír el insulto, Aldo Anastasia, Bruno Venny y Charlie *King* volvieron a entrar en movimiento avanzando un paso más. Pero la mano de Nino Moretty les frenó con mudo movimiento, mientras movía sus labios al decir:

—No quiero más jaleos, Alex. Con la última zurra que le diste a Wymark estropeaste una fuga.

—¿Y a mí, qué?

Nino Moretty decidió cambiar de táctica y cuadrándose con su recia humanidad ante el hombre joven de la mirada gris, exclamó:

—De acuerdo, *bambino*. ¡La próxima vez que gallees recibirás lo tuyo!

Alex Masson lanzó con el dedo corazón y pulgar la colilla del cigarrillo por encima del italiano, le miró de pies a cabeza y sonriendo le retó:

—¿Me provocas, Nino?

—¡Te aviso, Alex! Y escucha bien esto, pollo; yo y mis muchachos controlamos el penal y no nos gustan los bravucones como tú. ¿Queda claro? Desde ahora me obedecerás en todo.

—¿Y si me niego?

Niño Moretty podía tener cumplidos los cuarenta años, pero sus reflejos eran rápidos y sus piernas aún ágiles. Por eso reculó dos pasos con viveza, se curvó sobre sí mismo y por arte de magia de la manga de su traje de penado brotó un cuchillo.

La hoja de acero lanzó destellos siniestros al sol y brilló casi tanto como aquellos ojillos latinos mientras la boca del hombre se movía:

—¡Adelante, Alex! ¡Todos me han dicho que eres muy valiente!

Alex Masson también se curvó, como un animal al acecho sin perder de vista al rival, pero diciendo refiriéndose a la escolta:

—¿Y éstos, Nino? ¿Qué pasa con ellos?

—No intervendrán. Esto es cosa mía.

—¿Palabra...?

—¡Palabra! Se quedarán ahí para hacernos tapia y que nada vean los vigilantes.

—O. K., Spageti... ¡Voy por ti!

Unió la acción a la palabra y Alex Masson se lanzó como un rayo con sus fuertes manos desarmadas hacia aquellas otras que esgrimían el cuchillo. Su primer intento falló, pero logró esquivar con ágil escorzo del rostro la cuchillada que pudo rematarle. Fugazmente comprobó que los otros tres hombres no se movían y que, en efecto, con sus cuerpos les cubrían de las miradas vigilantes de los guardianes.

Aquélla era una lucha desigual, pero que en nada amilanó a Alex Masson, quien logró conectar en una de las acometidas del italiano su puño en el rostro cetrino y moreno.

Nino Moretty reculó blasfemando, pero al segundo volvió a la carga ansiando encontrar con la punta del arma la yugular del oponente. No le alcanzó por puro milagro, pero la puntera de su bota castigó el vientre del joven de mirada gris.

Alex Masson vio una oportunidad y atenazó con una mano aquella pierna, para tirar de ella y hacerle perder el equilibrio al rival. Medio segundo después lo conseguía y al instante se lanzó sobre él, llevando el antebrazo derecho por delante para intentar desviar, una vez más, la mano con el arma homicida.

Juntos rodaron por el suelo pizarroso del patio y se confundieron en un abrazo que debía ser mortal para uno de los dos. Gruñían, bufaban y resoplaban, pero la pelea no iba a transcurrir más en el secreto de aquellos cinco hombres.

Desde lejos algunos reclusos se dieron cuenta que en aquel extremo del patio ocurría algo anormal y una voz anunció:

—Nino y Alex están peleando. ¡A muerte!

La voz corrió por el penal y este movimiento instintivo de los reclusos al ir acercándose terminó por llamar la atención de los guardianes. El primer silbato rasgó el aire y la alarma cundió electrizante:

—Vamos allá, Pat —gritó el jefe del centro—. ¡Esas fieras terminarán destrozándose!

Demasiado tarde.

Cuando los vigilantes lograron abrirse paso a fuerza de codos y con las porras, en una de sus manos empuñando las armas, la lucha había terminado.

El joven Alex Masson estaba de pie ante el cuerpo tendido de Nino Moretty, que cara al suelo parecía empeñado en abrazar a las losas del patio, como si ansiara incrustarse en ellas con angustia mortal.

El vigilante Pat dio órdenes tajantes a sus hombres para que apartasen a los reclusos curiosos, gritando fuera de sí:

—¡Largo todos de aquí, borregos! ¡A las celdas con ellos! ¡Fuera! ¡Fuera, bribones! ¡Veo que os encanta este espectáculo! ¡Por hoy se terminó el paseo!

Sólo un par de reclusos que ayudaban a cerrar las puertas se quedaron allí viendo que el jefe del patio se encaraba con el jadeante Alex Masson preguntándole:

—¿Cómo sucedió?

—Me provocaron. Nino sacó un cuchillo y en una revuelta de la lucha yo...

—¡Esto te costará caro, Alex! ¡Muy caro!

—No me importa.

—¡Ya sé que no te importan las celdas de castigo, bribón! ¡Pero esta muerte te costará algo más! ¡Mucho más!

—Me da igual.

—¡Lleváoslo! ¡A la celda del sótano con él!

Y Alex Masson, una vez más, aquella noche durmió en una húmeda celda de castigo.

Y al parecer de un solo tirón; sin importarle lo más mínimo haber matado a un hombre, aunque éste se llamase Nino Moretty...

CAPÍTULO II

Era preciso hacer las cosas bien y el director del establecimiento dio el oportuno parte de lo sucedido a las autoridades. A su vez éstas informaron al juzgado correspondiente y uno de estos empleados se ganó la buena propina de un periodista por informarle.

Aquella misma noche todo Nueva York supo que el famoso Nino Moretty había ido a encontrar la muerte en el penal donde cumplía su larga condena, por manos de un joven exaltado que se llamaba Alex Masson y que a su vez también cumplía condena por doble asesinato.

La fotografía del contumaz asesino apareció en las primeras páginas de toda la Prensa en unión de grandes titulares, quizá un tanto exageradamente disputándose la noticia las primicias de lo que ocurría en el lejano Vietnam y la acuciante crisis de los países árabes en Oriente Medio, en su conflicto con los belicosos judíos de Israel.

Y lo cierto fue que si en ciertos círculos y a cierta clase de personas horrorizó la noticia y a otros les dejó indiferentes en un determinado local de Nueva York se comentó con grandes alabanzas para el autor del crimen y uno de los hombres allí reunidos exclamó:

—¡Caray con el pollo, chicos! ¡Nada menos que cargarse al jefe!

—Debe tener los hígados bien puestos ese Alex Masson —dijo otro.

—¡Me gustaría conocerle! —Manifestó un tercero.

—¿De dónde sale? —quiso saber el cuarto hombre que jugaba al póquer.

—No sé. Por aquí no se le conoce.

—Lo que no hay duda es que debe ser un tipo peligroso.

—¡Y valiente!

—Me gustaría tener en la pandilla tipos así.

—Ése tiene para rato. Le echarán otra nueva condena.

—Allá él... Baraja los naipes bien, Murphy. ¡Te conozco!

—¡Qué rico! Siempre tan confiado.

Aquellos cuatro truhanes siguieron jugando al póquer y no hablaron más del asunto. Pero desde aquella nueva hazaña de Alex Masson mucha gente seguiría ocupándose de él.

Uno de ellos fue el abogado de oficio que le nombraron y que a los pocos días le fue a visitar al penal. Los trámites de su nuevo proceso seguían y en la entrevista le dijo:

—Volverán a condenarte por esta nueva muerte, Alex.

El recluso se limitó a encogerse de hombros, pero nada respondió. Parecía tranquilo y como si la cosa no fuera con él. El abogado volvió a decir:

—Haré lo que pueda, pero... ¡No sé! Ya eres reincidente.

Alex Masson pareció por un instante salir de su pasividad, indagando:

—¿La cámara de gas?

—Ya te he dicho que haré lo que pueda, pero que...

—¿Cuándo es el juicio?

—Mañana.

—Bueno, al menos me divertiré con el paseo.

El mismo dio la entrevista por terminada, levantándose y diciéndole al vigilante que le había traído de la celda al locutorio:

—Cuando quieras, sabueso.

Alex Masson volvió a su celda de castigo y se tumbó en el catre. Ahora, sólo tenía que esperar.

Esperar el desarrollo de los acontecimientos que él mismo había creado.

* * *

Y los acontecimientos se desarrollaban de forma violenta y brusca.

El coche patrulla de la policía rodaba por la autopista de Rockaway camino de la sala de la Audiencia, donde debía tener lugar el nuevo proceso contra Alex Masson, cuando el detenido

mostró sus muñecas esposadas a uno de los agentes y le dijo:

—Afloje un poco estas pulseras, hermano. ¡Me están lastimando!

El policía buscó la mirada del compañero que al otro lado del asiento vigilaba también al detenido. Delante conducía otro agente y a su lado iba el sargento Greyson que rezongó, sin dejar de mascar un interminable Chiklet:

—Hazlo, Ralph. No hay por qué martirizarle. ¡Ya le espera bastante al chico!

El policía buscó las llaves de las esposas y no encontró raro que el preso que conducían le ofreciera sus puños.

Pero un instante después ya no podía pensar.

Dos puños conectaron en su rostro violentamente y cayó sin sentido contra el respaldo posterior del coche. Ales Masson se revolvió como un gato montés a la derecha y su codo se hundió en el estómago del otro policía, antes de que pudiera reaccionar.

El sargento Greyson volvió el rostro alarmado y contra su frente chocó algo de forma bestial. La cabeza del detenido le había castigado y al instante quedó sumido en un sopor en el que sólo acertó a balbucir, tras un reniego:

—Pa... para, Bob... ¡Para!

Pero antes que el policía que conducía pudiera frenar, el preso ya había saltado a la carretera y corría como un gamo hacia los acantilados que limitaban la elegante playa de Long Beach, en dirección contraria a la que llevaban camino a la gran ciudad.

Cuando los cuatro policías pisaban la cinta de la carretera apartándose del coche, el fugitivo ya estaba sobre la parte más alta del acantilado. Allí se detuvo un instante como retando a sus perseguidores y su alta silueta se recortó perfectamente incitando a cuatro armas que ya disparaban.

Pero Alex Masson saltó al vacío, al parecer sin importarle llevar las muñecas esposadas y la gran altura que había hasta el mar.

No obstante, fue una zambullida perfecta, digna demostración de un campeón olímpico de saltos. Su pesado cuerpo desapareció bajo el agua salada y acercándose los cuatro policías al precipicio el sargento Greyson comentó:

—¡Es un loco! ¡Un suicida!

—¡Vaya tipo! —rezongó el policía castigado en el rostro—. Tendré dolor de muelas toda la semana.

—Y yo de estómago, amigo.

Durante unos minutos esperaron, pero el fugitivo no salía a la superficie. El mar estaba tranquilo en aquella mañana primaveral y apenas las olas rompían allá, a lo lejos sobre las doradas arenas de la playa de lujo de Long Beach. Era absurdo pensar que un hombre pueda respirar como los peces, y el sargento Greyson volvió a hablar:

—Vámonos: no tenemos nada que hacer aquí. Se habrá desnucado contra alguna roca o para librarse de nuestras balas preferirá que revienten sus pulmones.

—Se lo ha buscado: de todas formas, tras ese juicio que le esperaba habría ido a la cámara de gas.

Otro de los policías preguntó al sargento:

—¿Comunico con la central, señor?

—Sí, Bob... Hay que dar parte. Di que la radio avise a todos los habitantes de esta zona. ¡Es un hombre peligroso!

Minutos después, todas las emisoras interrumpían sus programas para lanzar al aire un apremiante aviso: Alex Masson, el recluso de Sing-Sing

que días antes había asesinado en el penal al famoso Nino Moretty, cuando lo conducía la policía a la sala de audiencias, había conseguido escapar.

Todo el mundo debía estar alerta y vigilante, comunicando a la policía si veía a un hombre merodear por aquella zona con las señas personales que correspondían con el peligroso fugitivo: seis pies de altura, cabellos castaños y ojos grises, anchos hombros y de unos ochenta kilos de peso, con enérgico mentón y una dentadura muy blanca y perfecta, casi insultante cuando sonreía de una forma un tanto burlona y cínica.

Para más señas, vestía el uniforme de la penitenciaría del estado de Nueva York y seguro que aún no habría podido librar sus muñecas de las esposas.

Nadie dudaba que un hombre en tales condiciones no podría escapar.

Eso si es que aún vivía Alex Masson y no estaba siendo devorado por los peces.

Pero a tipos como Alex Masson no los quieren ni los peces.

Se mantuvo bajo el agua casi hasta que estallaron sus pulmones y sus largas piernas flexionaron para alcanzar la superficie. Pero no asomó ni una sola pulgada la cabeza: se limitó a poner en embudo los labios y aspirar el aire tan necesario para seguir viviendo. Repitió la misma operación varias veces con un completo dominio del líquido elemento y al fin decidió que el peligroso juego había terminado.

Luego nadó hacia los acantilados y desde éstos alcanzó el extremo de la playa. Cualquiera que le hubiese observado, habría tenido la sensación de que sabía hacia dónde se dirigía. No titubeaba y sus pasos eran firmes, directos hasta alcanzar una región donde las matas y los arbustos empezaban a crecer, medio sepultados entre arena y tierra blanda, húmeda por la proximidad del mar.

Siguió andando un poco encorvado por la forzada posición de sus muñecas esposadas, y terminó por internarse en un bosque de pinos verdes, que en aquella época del año se mostraban olorosos y frescos.

Respiró con deleite: era el aire de la libertad.

Alex Masson sonrió algo cínicamente mostrando su blanca dentadura, musitando al distinguir al fondo el tejado pizarroso de una casa:

—¡Ahí está mi meta!

Era una gran casa de piedra blanca con altas columnas en el porche de la entrada, que recordaba algo a las de estilo colonial, como las fincas de los grandes señores del Sur, en los estados de Georgia, Alabama y Mississippi.

Un cuidado jardín rodeaba a la casa y al fondo, donde se alzaban otras dependencias de la gran finca, podía adivinarse la construcción para las cuadras de los caballos.

Luego, más al fondo y tras una gran explanada donde estaban las pistas de tenis, seguía el bosque de pinos interminable.

CAPÍTULO III

Una hermosa mujer de dorados cabellos, ojos grandes y azules de mirar malicioso y rostro perfecto, con abultado seno que ceñía una blusa de seda natural, estaba siendo servida por un pulcro criado negro cuya blanca camisa almidonada hacía resaltar su piel morena.

El criado llevaba un ajustado chaleco a rayas, que marcaba su ancha espalda de atleta y sus manos, diestras y destacando de los blancos puños de su camisa, servía el desayuno a la mujer que completaba su atuendo con un ceñido pantalón de montar embutido en unas finas botas de caña alta, casi hasta las rodillas.

La muchacha rubia jugueteaba con un perrillo faldero, al que hacía rabiarse con la fusta que tenía en una de sus manos: el pequeño animalejo quería morder, pero se advertía que lo hacía sin malicia, para seguir la diversión de su joven dueña.

Entre aquellos ladridos del chucho, destacó la voz melosa del mayordomo negro, que con acento claramente del Sur preguntó eficiente:

—¿Preparo el caballo, señorita Koleman?

Hasta los pinos tras los que espiaba el fugitivo Alex Masson llegó la voz de la mujer rubia que dijo, mordisqueando con desgana una tostada con mermelada:

—Sí, Sam, daré un paseo después del desayuno.

El hombre huido avanzó sin recelos por el jardín y por toda presentación dijo, sumiendo al criado negro y a la muchacha en la mayor sorpresa:

—No te lo comas todo, pequeña. Tengo hambre. ¿Me invitas?

El mayordomo abrió ojos como platos y el blanco de sus escleróticas destacó más sobre su piel morena. Pero nada acertó a decir al quedar con la boca abierta, mostrando también el doble

teclado blanco de su nítida dentadura. Sólo el servicio de vidrio que llevaba en la bandeja tintineó un poco.

Fue la mujer quien habló, clavando en el fugitivo su mirada azul y balbuciendo las pupilas en constante viaje desde los ojos del hombre a las muñecas esposadas que no se esforzaba en ocultar:

—¿Quién..., quién es usted? ¿De... de dónde ha salido? ¿Qué... qué hace... hace en mi casa?

Alex Masson sonrió de oreja a oreja y dejó que la mujer examinase su fuerte dentadura, que le mostró generoso. En sus pupilas grises había una chispita de malicia divertida y a su vez preguntó:

—¿No lo adivinas, rica?

Su mojado uniforme de penado, sus manos esposadas. Todo era más que elocuente. Sobraban las preguntas y por eso el visitante añadió, con el mentón señalando a la regia casa:

—¿Ésta es tu «choza», nenita? ¡Vives como una reina! Natalie Koleman logró sobreponerse al miedo y la sorpresa. Su mano dejó sobre la mesa de cristal de la terraza la tostada con mermelada que aún sostenía, exclamando con más firmeza en su voz:

—Ignoro sus problemas, amigo... Pero no le permito que me tutee... ¡Y mucho menos que permanezca en mi casa!

Vio en la burlona sonrisa de aquel hombre que su firmeza no causaba ningún efecto y girando con prontitud la cabeza hacia el criado, ordenó:

—¡Sam! ¡Échale! ¡Échale a patadas si es preciso!

El negro dejó la bandeja sobre la mesa, pareció arreglar los puños blancos de su pulcra camisa y dijo avanzando hacia el intruso:

—Sí, señorita Koleman.

Un puño moreno que era una maza blandió el aire en busca del mentón del hombre esposado. Pero Alex Masson flexionó ágilmente la cintura, hizo una hábil finta, esquivó y al instante incorporándose dejó caer con rotunda eficacia sus dos manos forzosamente unidas sobre el rostro de su agresor.

La impoluta pechera de la camisa del mayordomo dejó de ser blanca al quedar manchada de rojo por las gotas de sangre que brotaron de su chata nariz. Un segundo golpe lo empujó hacia atrás, pero éste propinado por la recia suela claveteada de una bota que se

alzó hasta alcanzar su vientre.

Desde las pulidas baldosas de mármol de la terraza, Sam miró al hombre que le había castigado, nada dijo, pero mentalmente pensó que no lo volvería a intentar al fin de cuentas, los dólares de su sueldo no le exigían tanto.

Por su parte, a Natalie Koleman ahora le tocó quedar con la boca abierta, con un rictus en sus labios que lo mismo podía significar miedo que admiración. No perdía de vista al energúmeno que tenía ante ella y quedó más atónita al oírle decir, sin alterar su voz:

—Y a ti te daré algo también.

La mujer reculó balbuciendo:

—¡Oh! ¿Piensa..., piensa pegarme como a Sam?

—No... Si me quitas estas pulseras te daré un beso. ¿Hace el trato, guapa?

Natalie Koleman prefirió sonreír, con la malicia sensual que ella sabía poner en sus labios en ciertas ocasiones. Consideró que aquél era el mejor camino para ir ganando tiempo hasta ver en qué paraba todo aquello. Por eso dijo también burlona:

—Es usted un fresco, amigo. ¿Tanto cree que valen sus besos?

—No lo sabes bien, reina. Los tengo almacenados desde hace tiempo y rabio por soltarlos.

—Puede seguir guardándolos. ¡No los necesito!

—Te equivocas; toda mujer necesita ser besada.

La mujer volvió a perder la paciencia y estalló:

—¡Yo no! Y no le quitaremos esas esposas porque usted es..., es...

—¡Adelante, reina! ¡Suéltalo!

—¡Un fugitivo! ¡Seguro que un criminal que ha huido de presidio!

—Chica lista, ¿verdad, moreno?

Se había vuelto hacia el criado negro que secando la sangre de su nariz lastimada intentaba entrar en la casa y añadió, ya el mayordomo en la puerta:

—¿Dónde vas, bola de nieve? Si intentas avisar a la poli... ¡Te machaco!

Sam calculó que podría hacerlo. Y estaba calculando que si huía no le podría alcanzar aquel hombre al tener que correr con las

manos enlazadas con menos ligereza que la normal, cuando la voz de la dueña de la casa llamó la atención de los dos.

Sobre todo la del criado al oírla decir:

—Espera, Sam... Lo he pensado mejor.

—Pero, señorita Koleman... Yo... Usted...

—Es un tipo interesante —explicó la mujer rubia, midiendo con sus ojos al fugitivo.

—Gracias, reina —agradeció él, no menos burlón.

—No sé por qué voy hacerlo, pero no me gusta ver a la gente maniatada. Llévale a las caballerizas, Sam. Sobre el yunque podrás hacerlo.

—Señorita Koleman... Creo... ¡Creo que esto es un desatino!

—¡Obedece y en paz, moreno! —rezongó el hombre, fulminando al criado.

Minutos después, Alex Masson podía obsequiar al criado negro con las esposas partidas y se las ofreció:

—Para ti, Sam; guárdalas como recuerdo.

Salían los tres de las caballerizas para volver a la casa principal y tocando un hombro de la mujer aquel hombre dijo:

—Un momento, reina. Voy a cumplir mi palabra.

Natalie Koleman giró alarmada hacia él:

—¿Qué palabra?

—¿No recuerdas? Te prometí un beso si me librabas de esos hierros.

—Olvidelo. Antes dijo que tenía hambre, ¿no?

Le oyó reír sonoramente y otra vez giró la cabeza rubia. Aquella boca masculina atrajo su mirada, pero apartó la vista ofendida al oírle decir:

—¡Vaya! Y yo que creí que lo hiciste por el premio. ¿De veras no quieres qué...?

—¡No! ¡Y deje de portarse como si fuera un salvaje! Le hemos ayudado y eso merece su consideración.

—De acuerdo. ¿Terminamos el desayuno? ¡Me gustan las tostadas con mermelada!

Sam calculó que lo más prudente era servir también a aquel tipo. El ni pinchaba ni cortaba allí y si la señorita Koleman...

—¿Más mermelada? —ofreció.

—No, Sam. Una buena taza de café ahora... ¡Sin azúcar!

Se fijó un instante en el rostro aún manchado de sangre del criado y a su manera se excusó, una vez le sirvió el café:

—Perdona lo de antes, Sam. No debiste intentarlo.

Por inercia, el hábito de la costumbre le hizo decir al negro:

—No, «señor». Tiene razón, no debí intentarlo.

Natalie Koleman le miraba desayunar con buen apetito también sentada y captando el «señor» de su sirviente, preguntó:

—¿Cómo se llama, «señor»?

—Alexandre Masson, reina. Pero para los íntimos, Alex a secas. Puedes llamarme así. ¿Y tú?

—Natalie Koleman. ¡Y no tengo amigos íntimos!

—Te llamaré Nat; es más corto y más cariñoso.

La mujer prefirió desviar la conversación:

—¿Por qué..., por qué estaba preso, señor Masson?

La respuesta fue una mirada cargada de ironía, seguro que por aquella de «señor Masson». Pero no se dio por enterada y siguió, curiosa:

—¿Por ladrón? ¿Por... asesino?

—Si insistes te lo explicaré, Nat; me condenaron por error.

—¿Be veras? ¡Cuánto lo siento, señor Masson!

—Yo estaba cazando palomas y un tipo se cruzó en mi ángulo de tiro. ¡Eso fue todo!

—¿Todo?

—Sí, Nat; sólo que murió el tipo, y no la paloma.

—¿Y dónde ocurrió eso, cazador furtivo?

La respuesta fue rotunda, casi insultante:

—En Nueva York, reina. En plena Quinta Avenida.

Quedó tan absorta, que al no decir nada fue él quien indagó:

—¿Alguna pregunta más, rubita?

—Sólo una. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Robarle un traje a tu criado y salir pitando. ¡No puedo ir por ahí vestido así! ¿Comprendes?

—Sí, claro. Claro que no. Aunque a usted le cae de maravilla. Yo diría que esos uniformes están pensados para hombres como usted.

—Sin bromas, guapa. Dile a Sam que me baje unos pantalones, una camisa y una chaqueta. ¿Qué número de calzado gastas, Sam?

—Pero yo... yo... ¡No voy a darle ninguno de mis trajes!

—No he dicho que me lo vas a dar. ¡He dicho que lo voy a robar! ¿Queda claro, amigo?

Otra vez, la voz de la mujer sorprendió al criado:

—Baja lo que pide, Sam. ¡Te compraré otro traje!

Alex Masson abandonó la mesa levantándose y dijo:

—No sea descarada, rubita. Será mejor que me vista arriba, ¿no?

—Sí... Será mejor. ¿Quiere acompañar a Sam?

Les vio a los dos caminar hacia la casa y ya en la puerta el índice de aquel hombre imposible se agitó, advirtiéndola entre divertido y severo:

—Y nada de truquitos mientras me visto usando el teléfono, Nat. ¿Queda claro?

—Queda claro, señor Masson. Puede subir sin miedo.

Les siguió hasta la casa y ya en el amplio *hall* les vio ascender la gran escalera de mármol blanco. Sam caminaba con los hombros hundidos y le seguía el hombre alto con pasos elásticos, ágiles, como de fiera a la que todos los músculos le funcionaban perfectamente.

Al quedar sola, Natalie Koleman miró a la mesita de laca sobre la que estaba el teléfono instalado en la entrada de la casa. Sus labios sensuales sonrieron y en sus grandes ojos azules volvió a brillar la chispita de malicia.

Luego, despacio, muy despacio, caminó hacia el teléfono terminando por descolgar...

CAPÍTULO IV

Apareció en el rellano en lo alto de la escalera luciendo el traje del criado y desde allí preguntó:

—¿Qué tal, Nat? ¿No te resulto encantador?

Contemplándole mejor mientras descendía los peldaños de mármol, Natalie Koleman aprobó:

—¡Bah! No está mal del todo. Un poco estrecho quizá.

Y luego, sin transición al ver aparecer el criado negro:

—Prepara otro caballo para el «señor», Sam. ¡Daremos un paseo!

Ya plantado ante ella con toda su elevada estatura, el hombre volvió a sonreír en su forma peculiar. En realidad, la mujer se dijo que Alexandre Masson era esa clase de seres en los que la ropa no hace al monje: lo mismo estaba con su raído traje de penado, que con aquella ropa que parecía a punto de estallar bajo la presión de aquel corpachón duro y macizo.

—¿Un paseo a caballo por tu finca, encanto? Bueno... ¡No está mal!

Minutos después, los dos cabalgaban por la gran explanada trasera a la casa que conducía al bosque de pinos. La mujer llevaba un rifle que había cogido en las cuadras y ofreció:

—Tenga: veremos si es tan buen cazador de palomas como dice. ¡Ahí va una!

—¡Te lo demostraré!

Y lo hizo, con eficacia y fina puntería.

La paloma cayó abatida al primer disparo y Natalie Koleman felicitó:

—¡Bravo! ¡Un tiro soberbio!

Fue a devolverle el rifle, pero ella insistió:

—Veamos si no fue pura casualidad. Apunte a aquel pino de la

izquierda. El que tiene esas tres pequeñas ramitas que ascienden.

No terminó. Tres secas detonaciones rasgaron el aire y como tronchadas por un huracán las tres ramas quedaron quebrantadas una tras otra.

—Un buen rifle de repetición —comentó él.

La muchacha rubia miró a las tres ramas partidas que le habían servido de blanco y luego al hombre. Sus ojos brillaban al decir:

—¡Es asombroso! ¡Partió las tres!

Pero al instante cambió su expresión al ver que la apuntaba, anunciando sin dejar de sonreír:

—¿Qué tal si ahora pruebo contigo, reina? Me has traído aquí mientras tu criado llama por teléfono a la poli... O quizá lo hiciste tú mientras me vestía. Este paseo ha sido para entretenerme, ¿verdad?

La amenaza estaba allí, en los ojos grises y fríos de aquel hombre y en el cañón del rifle que aún tenía balas, pero ella preguntó:

—¿Es que nunca confía en nadie, Ales?

—En tigresas como tú, no.

—Pues le doy mi palabra que no he llamado a la policía y que Sam se librará de hacerlo sin antes consultarme. ¿No me cree?

—¡No!

Se encogió con gracioso mohín, proponiendo:

—Bien: sólo tiene una manera de comprobarlo. ¡Quédese!

—¡Narices! No me gustan las encerronas.

—¿Regresamos?

—Sí, seguro que tienes un coche que es el que voy a utilizar. Debo largarme de aquí cuanto antes. Ya no resulta saludable para mí este Estado.

Habían regresado a las cuadras y él ofreció sus brazos para bajarla del caballo. Al contacto de aquellas grandes manos en su cintura la mujer se estremeció y al inclinarse sobre él las cuatro pupilas se encontraron. Natalie Koleman adivinó y sus labios suplicaron:

—No... Por favor...

Alex Masson aprisionó los labios femeninos entre los suyos y prolongó la caricia. Aún mantenía el cuerpo de la muchacha en el aire y la atrajo hacia él, besándola luego en la mejilla, junto a la

oreja, en la barbilla, en el cuello.

—¡Ya basta! —protestó ella, colérica consigo misma—. ¡Se está pasando de la raya!

La respuesta del hombre fue desconcertante:

—¿Cuánto me das, Nat?

Logró zafarse de aquellos brazos y exclamó, sin darse cuenta que le tuteaba.

—¿Darte, qué?

—Dinero... Necesito dinero para huir de aquí.

—¡Oh! ¡Eres un demonio! ¿Qué me importa a mí lo que hagas o lo que necesites? ¡Puedes irte al mismo infierno, si quieres!

—Me ayudarás, Nat... ¡Sé que me ayudarás!

Recordó una gráfica expresión de él y repitió, con furia:

—¡Narices! No tengo por qué ayudarte.

—No tienes por qué hacerlo, pero lo vas a hacer.

—Bueno, yo... Todo lo más puedo prestarle algo.

Sacudió con fuerza sus caballos rubios y añadió, parapetándose tras el caballo:

—Puedes volar a San Francisco. Mi tío tiene sus negocios allí y quizá pueda darte trabajo.

—¡Me encanta San Francisco! Sobre todo porque está a tres mil millas de distancia de aquí. Allí no me buscarán.

Entretenida, al parecer, en la cincha del caballo, ella anunció:

—Se llama Koleman... Ilma Koleman.

—¿El naviero?

—Sí. Es uno de sus negocios.

—No hablemos más: unos billetes y a volar.

Se dieron cuenta que Sam les estaba observando desde la parte trasera de la casa, ya con la cara limpia y sin manchas de sangre en su camisa. ¿Se habría cambiado consciente de que un buen criado no debe presentarse desaseado ante sus señores?

Caminaron hacia él y al entrar en la casa, Natalie Koleman dijo:

—Espera un poco. Te haré ese préstamo.

La mirada que Alex Masson encontró en los ojos del criado negro era todo un poema. Su expresión denotaba que no había oído bien a la muchacha y por eso le aclaró, siempre divertido:

—Sí, Sam, va en busca de dinero para mí. ¡Nos hemos hecho amigos!

—¡Es usted un desaprensivo, señor! ¡Un bribón de siete suelas!

—Si tú lo dices...

—¡Claro que lo digo! ¡Oh! ¡Es desesperante!

—¡Calma, amigo, calma! ¡No hay para tanto, hombre!

Natalie Koleman ya regresaba con unas llaves y unos billetes. Se los ofreció muy seria ante el perplejo criado y anunció:

—Ven: el coche está en el garaje.

Era un «Ferrari» deportivo color guinda, último modelo. Su poderoso motor roncó ante las manipulaciones de Alex Masson que informó, al quitarle gas:

—Lo dejaré en Seaford. Si tenéis algún problema con la policía decís que lo tomé por la fuerza.

Iba a arrancar. Seguro que aceleraría y no volverían a verle más. Era un aventurero: un ave de paso que llega, toma lo que necesita y se marcha.

Natalie Koleman se inclinó hacia él:

—Alex, yo...

—¿Qué?

—No, nada... ¡Suerte!

El coche aceleró y la voz del hombre se mezcló con el ronquido del motor.

—¡Hasta nunca, amigos! ¡Gracias por todo!

Cuando dobló la curva y se perdió entre los pinos, Natalie Koleman se encontró con la severa mirada del hombre negro. Se dio cuenta que aquellos gruesos labios morados tenían un gesto despreciativo que nunca había visto en el servicial Sam, y antes que hablase le atajó, casi con una súplica:

—Sé lo que piensas, Sam, pero... ¡Te lo ruego! Sin comentarios.

Sam cambió de actitud, volvió a ser el eficiente mayordomo y se limitó a preguntar, en su voz los acariciadores acentos del Sur:

—¿A qué hora quiere comer, señorita Koleman?

CAPÍTULO V

El reactor aterrizó en San Francisco y los pasajeros descendieron ante la sonrisa amable, pero estereotipada de la azafata. Estaba cansada de hacer siempre lo mismo y preguntar si habían tenido un buen viaje.

Pero su forzada sonrisa se animó algo cuando ante ella pasó un hombre alto y le devolvió el saludo diciendo:

—Todo excelente, señorita. Ignoraba que esta compañía emplease a los ángeles como azafatas.

—Muy amable, señor.

Alex Masson pisó la tierra californiana y aflojó el paso dejando que los otros pasajeros se adelantaran. La excusa fue encender un rebelde cigarrillo que no prendió ni a la primera ni a la segunda. En realidad estaba observando todo lo que le rodeaba y sonrió al distinguir a dos hombres que avanzaban por la pista hacia él.

—«Espero que no sean policías, celosos de cumplir su deber» — pensó.

Al fin el cigarrillo se encendió y tras la primera bocanada les observó entre el humo más a placer.

No; no eran policías. Su buen olfato y mil detalles que al instante sumó, se lo dijeron así. Todo lo más, tipos bien vestidos, con un «empleo» bien pagado, posiblemente en razón directa a los arriesgados servicios que prestaban.

«Gorilas», guardaespaldas, pistoleros.

No hizo nada por rehuir su encuentro ni se sorprendió cuando el más alto, el que vestía traje negro, le saludaba, cortésmente levantándose el sombrero.

—¿Ha tenido un buen vuelo, señor?

Su voz sonaba obsequiosa, pero metálica, dura, impersonal.

—Sí. ¡Un excelente viaje!

Al fin, el más bajo y del traje claro también habló:

—¿No necesita un coche?

—No, gracias. Prefiero un taxi.

Aquello era absurdo y los tres lo sabían, pero cada uno llevaba su juego. ¿A qué viene salir al encuentro de un desconocido en la pista de un aeropuerto y preguntarle si ha tenido buen viaje? ¿Qué diablos les importaba a ellos si necesitaba un coche o no? ¿Por qué se interesaban por él?

Al fin, el hombre del traje negro dijo secamente:

—No somos policías.

—Se adivina —contestó el viajero.

Algo ofendido, el del traje claro preguntó:

—¿Por qué?

—De ser así, a estas horas ya tendría las argollas puestas.

—Sí, claro... ¿Acepta nuestro coche o no?

—Lo aceptaré. Me ahorraré el taxi.

—También se ahorrará otras molestias, amigo.

Alex Masson frenó en seco, miró alternativamente a los dos hombres que marchaban a izquierda y derecha de él e indagó, incisivo:

—¿Por ejemplo...?

—La molestia de tener a la policía pisándole los talones. Me figuro que no le gustará que la policía se entere que ha llegado usted a San Francisco.

—Hice todo lo posible para que así sea y hasta ahora lo he conseguido.

—¿Le costó mucho burlarles?

—No... —Y con cierto tono pedante, de suficiencia, añadió—: ¡Tengo experiencia!

—Se ve. Es un viaje largo.

—Cuantas más millas me separen de Nueva York, mejor.

Volvían a andar y al llegar frente a un «Mercury» negro muy grande, el más alto, el que vestía el traje negro invitó:

—Suba, Alex: Afortunadamente hemos venido a recibirle.

—¿A qué debo el honor?

—A la señorita Natalie Koleman...

—¡Ah, sí! La recuerdo. La rubita que vive en un regio palacio

cerca de Rockaway.

—La misma. Ella nos dijo que venía usted para aquí.

—¿Son ustedes amigos de ella?

—Pues..., en cierta forma. Digamos que trabajamos para un amigo suyo.

El «Mercury» rodaba hacia la populosa ciudad del Pacífico y Alex Masson quiso saber:

—¿Cómo han podido localizarme?

—Fue fácil. Su foto se publicó en toda la Prensa del país.

—¿Aquí también?

—Bueno..., en San Francisco, no. Pero nos mandaron un ejemplar del Este. Concretamente el *New York Times*. No salió muy favorecido.

—Ya saben... Esas fotos de la policía son de archivo. ¡Mal material!

Mientras frenaba ante un semáforo, el hombre que conducía, con el traje claro, silbó, terminó por exclamar:

—¡Buen trabajo el de Nino Moretty! ¿Cómo se lo cargó?

—¿No dicen que leyeron la Prensa? Supongo que dirían la verdad. ¡Fue una pelea limpia! Nada de pinchazos a traición ni...

—Sin sulfurarse, amigo. A nosotros ni nos va ni nos viene: cumplimos un encargo y basta.

—¿Un encargo, de quién?

—Ya se lo dije: un encargo de la señorita Koleman.

El «Mercury» ascendió sin esfuerzos por las empinadas cuestas de San Francisco que conducen a las colinas donde están los barrios residenciales, parándose al poco, frente a una gran mansión. Un perro ladró. Sonó un timbre y sin tener que apearse del coche, el vehículo pasó *al* interior al abrirse la puerta electrónicamente.

El hombre del traje negro, que ocupaba el asiento posterior, con Alex Masson, había accionado un mando a distancia, sacando la pequeña cajita de un bolsillo.

—¡Diantre, amigos! ¡No les falta nada! —exclamó el viajero.

—Sea buen chico, haga todo lo que le digan y le pasará igual —prometió desde el volante el hombre que conducía.

—¿Debo entender por esto que me van a dar un empleo?

—Eso depende del señor Wakerman.

El «Mercury» paró ante las escalinatas de la casa y la puerta se

abrió para dar paso a un hombre muy alto y extremadamente delgado. De un vistazo Alex Masson calculó que aquel tipo estaba enfermo; tenía las mejillas hundidas, los pómulos prominentes, y su mirada era desvaída, apagada, casi sin vida. El dolor de su piel resultaba verdoso tirando a amarillo y esto se acentuaba en su incipiente calva, ya que no habría cumplido los treinta años.

Pero la voz de aquella momia resultó enérgica al preguntar a los que le habían ido a buscar al aeropuerto:

—¿Es él?

—No hay duda. ¡El gran Alex Masson en persona!

La presentación la hizo el hombre del traje negro y el aludido se inclinó ligeramente ante el hombre alto y delgado, no sin cierta ceremonia que resultó burlona.

Le extendió su mano huesuda y húmeda, casi viscosa, presentándose él mismo.

—Leo Barring: encantado de conocerte, Alex.

Alex Masson prefirió seguir mostrándose incisivo y preguntó, estrechando la esquelética mano de aquel hombre:

—¿Podré decir lo mismo, Leo?

Las cuatro pupilas se taladraron y el hombre delgado dijo, sordamente:

—Eso dependerá de ti, Alex. De momento estás en nuestras manos y te recomiendo que abandones esos aires de matón. Aquí no estás en el penal.

Giró la cabeza para mirar a los tres hombres que le rodeaban y aún indagó:

—¿En vuestras manos, amigos?

—Bueno... A no ser que prefieras marcharte. Pero no te lo aconsejo: antes de dar un paso, la policía se enteraría que Alex Masson había logrado llegar a San Francisco...

—Comprendo, chicos. ¡No hablemos más!

—Eso está mejor: el señor Wakerman te espera.

Diamond Wakerman era un hombre de unos cincuenta años, cabellos canosos y aires aristocráticos, de gran señor. Les recibió en una amplia biblioteca con grandes estanterías dónde había muchos libros y con la mano que sostenía el aromático habano hizo un gesto, acompañándole con estas palabras:

—Esperad fuera. Quiero hablar a solas con él.

El único que contestó fue la momia delgada y alta:

—Bien, señor Wakerman.

Alex Masson oyó el ruido de la puerta a su espalda y la voz del hombre que tenía frente a él, ofreciéndole:

—¿Un habano, muchacho? Fumando juntos se hace amistad.

—A veces no, señor Wakerman.

—¿Ah, no? ¿Por qué dices eso?

—Una vez yo le ofrecí un pitillo a un hombre y no era mi amigo. Lo hice para que tuviese sus manos ocupadas y poder atacarle mejor.

Leo Wakerman sonrió con ganas, al parecer divertido por la anécdota, pero al instante aclaró:

—Aquí no se trata de eso.

—¿De veras? ¿Quién me dice que todos ustedes no son amigos de Moretty?

Esta vez, la sonrisa de Leo Waterman se convirtió en franca carcajada. Terminó por sentarse en un butacón de cuero y aclaró, con cierto aire ofendido:

—Por favor, Alex: nosotros nada tenemos que ver con ese bajo mundo en el que se movía Nino Moretty. Lo despachaste y en paz; en el fondo por eso estás aquí.

Hizo una pausa tan breve que no dio tiempo a la réplica, añadiendo:

—No se trata de un arreglo de cuentas en el mundo del hampa, muchacho. Te repito que nosotros nada tenemos que ver con los buenos amigos que pudiera tener ese Moretty. Quiero que esto quede bien claro.

—Entonces... ¿A qué se debe que fueran a buscarme al aeropuerto?

—Nos interesan hombres como tú. Tipos resueltos y decididos que van a por todas.

—¡Ya! Y hombres que no puedan protestar, porque tienen sus cuentas pendientes, ¿verdad, señor Waterman?

—Dilo como quieras, muchacho. En el fondo es una especie de seguro para nuestra organización.

—¿Y a qué se dedica su organización, señor Waterman?

—No hagas preguntas. Es un buen consejo que no debes olvidar.

—De acuerdo. Pero debo saber cuál será mi trabajo.

—Leo te informará. Digamos que es... mi secretario.

—Algo delgaducho, ¿no cree, señor Wakerman?

—Sí. Pero muy eficiente, Alex... ¡Muy eficiente! Eso tampoco debes olvidarlo.

El hombre de aires distinguidos y aristocráticos abandonó el butacón de cuero, estuvo atentamente examinando al visitante y musitó, más para sí que para Alex Masson:

—Tienes una buena planta. Pero necesitas otra ropa. ¿Te arreglas ahora con quinientos?

—Vale.

Le vio acercarse a una gran mesa de caoba, hurgar en uno de sus cajones y al poco le ofrecía los billetes, indicándole:

—Leo te espera fuera. Hay todo lo que él te diga.

—¿Nada más, señor Wakerman?

—Nada más por ahora, Alex.

Fue a girar hacia la puerta, cuando la mano bien cuidada que sostenía el puro le retuvo:

—Sólo esto; no nos conocemos y olvida que has estado aquí. ¿Estamos?

—Estamos.

Y así empezó otra nueva etapa de la agitada vida de aquel hombre que decía llamarse Alex Masson.

CAPÍTULO VI

Una hora después, instalado en un lujoso apartamento que daba a la parte izquierda de la gran bahía, el delgado Leo Barring le informaba:

—De momento vivirás conmigo aquí. ¿Te gusta?

—Sí; es mejor que una celda.

El hombre alto y huesudo le miró mientras abría la maleta sobre el lecho y sacaba las cosas que habían comprado y preguntó, siguiendo el hilo del anterior comentario:

—¿Cuánto te cascaste?

—No va al caso. Es cosa mía.

—Ahora también es de la organización. Perteneces a ella.

—Tampoco sé nada de vosotros ni cuál será mi trabajo. Wakerman me dijo que tú me informarías.

—¡Bah! Se trata de pequeñas cosillas. Algo sin importancia que puede hacer un tipo como tú. El hombre que se cargó a Moretty bien puede...

—Comprendo —le atajó.

Leo Barring le ofreció una pistola rusa «Naganka», metida en la correspondiente funda con la sobaquera, diciendo:

—Toma, debes llevarla, pero no la uses por capricho. Sólo en caso de extrema necesidad.

—¿Qué pasa? ¿No le gusta el ruido al señor Waterman?

—¡Te equivocas! A nosotros nos gusta el ruido mucho, pero lejos de aquí. ¡En alta mar!

—¿En alta mar? No comprendo...

—Es sencillo, nos dedicamos a volar los barcos que parten de San Francisco llevando armas y material para el Sudoeste asiático. ¿Comprendes?

—Algo. Sigue, Leo.

—Unos buenos amigos orientales nos pagan muy bien por esos informes y sabotajes. ¡Ya sabes la que hay formada en Vietnam!

—Ya... Y os pagan en rublos.

—No. ¡En dólares! Te equivocas si piensas que eso interesa a Moscú.

—A mí me daba igual. ¡Nunca entendí de política!

Se ajustó la sobaquera, vio que la correa tenía la señal de la hebilla justamente en el quinto agujero que precisaba él por la anchura de su tórax y con desgana, preguntó:

—¿Quién usó esto antes?

—Un tal *Short*. Un tipo casi tan grandote como tú.

Sonrió, volvió a ponerse la chaqueta y adivinó:

—Seguro que no murió en la cama de paperas.

—No. Fue preciso liquidarle.

—¿Ah, sí? ¿Qué pasó?

—Se quería ir con la competencia. ¡Ya sabes!

—No, Leo. No sé nada. Vengo de muy lejos y he estado a la sombra durante mucho tiempo.

—Bueno, en muchos grandes puertos como éste, algunos también se dedican a nuestro negocio. Hay muchos intereses de por medio para que ese material y esas armas no lleguen con la regularidad que el Gobierno quiere al Vietnam.

—Ya. He oído que incluso muchos, dentro del país no están de acuerdo con la política de Washington.

—¿No dices que no entiendes de política, Alex?

—Leo los periódicos. ¡Eso es todo!

Leo Barring pasó a otra habitación y Alex Masson le oyó hurgar en la nevera. Regresó con dos botellas de cerveza e invitó, ofreciéndole una:

—Siéntate, Alex, te diré lo que tenemos que hacer mañana.

—¿Raptar al presidente?

—No. Mucho más fácil, asaltar un camión de los Laboratorios Kessinger. Pasará a las diez de la noche por la carretera 206. Viene de la base militar de Stockton.

—¿Trae armas o cosa así?

—No. Te he dicho que es de los Laboratorios Kessinger. Lleva ácido nítrico.

—¡Sopla! ¿Para qué diablos necesitamos nosotros eso?

—Es muy importante para la organización. Mezclando el ácido nítrico con potásico hacemos los explosivos con los que vuelan los barcos en alta mar, a las diez, veinte o cuarenta horas de navegación. Según nos interese y el barco que sea. Depende de la carga, de lo que lleve en sus bodegas.

Alex Masson apuró su cerveza y con desgana negó:

—Lo siento, Leo, no valgo para eso.

—¿Escrúpulos, Alex? ¿Un hombre como tú...?

—¡No seas niño! No es eso, pero no entiendo de preparar explosivos y todas esas zarandajas. ¡No es lo mío!

—¿Y quién lo dice? La organización tiene hombres que se dedican a eso. Nosotros sólo les proporcionamos el material. Luego, otros lo colocan entre la carga cuando trabajan en los muelles y... ¡Adivina quién te dio!

Con cierta sorpresa que no se esforzó en ocultar, Alex Masson preguntó:

—¿Dispone la organización también de estibadores que trabajan en los muelles?

—Sí, hombre, sí, son tipos como tú que están atrapados y no pueden ir con el cuento a la policía. Nuestra obligación también es vigilar a esos hombres, mantenerles disciplinados. De vez en cuando se visita a uno, se charla con él y...

—Comprendo.

Alex Masson estiró las piernas, miró al techo casi tumbándose en la butaca y escuchó la desagradable voz del hombre alto y huesudo que ofreció:

—¿Otra cerveza?

—No. Prefiero tomaría por ahí. Saldré a dar una vuelta.

—Te acompañaré.

Los dos se miraron fijamente, con su sempiterna sonrisa cínica Alex Masson en sus labios:

—¿Eres mi niñera?

—No, Alex, de momento soy tu amigo. Pero el señor Wakerman me dijo que te acompañe a todos los sitios.

—¿Qué pito sopla ese Wakerman en todo esto?

—No te importa.

—Lo digo porque él, pese a sus aires de gran señor, no es quien

dirige la orquesta de la organización.

La mirada apagada de Leo Barring pareció adquirir viveza al indagar:

—¿Cómo lo sabes?

—Simple deducción, chico; en Rockaway me ayudó una linda rubita llamada Natalie Koleman y me habló de su tío, el ricachón naviero. Me dijo que si lograba llegar aquí él me daría un empleo y ya ves... ¡Ya lo tengo!

—No sé nada de Koleman, nosotros nos entendemos con el señor Wakerman. Y será mejor que tú hagas lo mismo.

—Por supuesto, Leo. Ese Wakerman me aconsejó que me olvidase de él y que había estado en su casa. ¡Y lo haré!

Le mostró con aire satisfecho el resto de los quinientos dólares que no había gastado en equiparse y sonriente añadió:

—Me gusta la gente rumbosa. ¿Me acompañas a ese paseo?

—Antes iremos a casa de un amigo. Tiene una documentación para ti.

—¡Bah! No temas, ¿quién va a buscar a Alex Masson en San Francisco, a tres mil millas de Nueva York?

—Por si acaso, te teñirás el pelo de rubio, te dejarás bigote y... ¡Hombre nuevo!

—Como quieras. ¿Cómo voy a llamarme ahora?

—Elige tú, tendrá el nombre en blanco.

—¿Qué tal Howard Brossy?

—¿Por qué precisamente Howard?

—Me gusta. Siempre soñé con llamarme Howard.

Atrapó el sombrero al salir y añadió, ya camino del ascensor:

—Además, creo que el jefe de la

C. I. A.,

se llama así. ¿No, Leo?

—Sí, Alex. ¡Tienes un buen sentido del humor!

Y descendieron.

* * *

Aquella noche Alex Masson estaba hecho un brazo de mar.

Traje nuevo, sombrero nuevo, camisa de seda, buenos zapatos y hasta nuevo cabello rubio que iba muy bien con sus ojos grises que

no había podido cambiar. Si alguien le hubiese preguntado su nombre habría dicho que respondía por Howard Brossy, y hasta lo habría podido demostrar con su flamante documentación.

Lo del bigote, tal como le había aconsejado Leo Barring, ya vendría más tarde, cuando creciera.

Pero aquella tarde se afeitó rasurándose esmeradamente porque, según le anunció a su acompañante, quería divertirse y a las mujeres no les gusta besar a un hombre que está empezando a dejarse crecer el bigote.

—Les pincha, ¿sabes? ¡Les molesta!

Habían terminado de cenar y el huesudo Leo apuntó:

—Podías prescindir de eso. Al señor Wakerman no le gusta que andemos exhibiéndonos por ahí.

Alex Masson miró al compañero dubitativamente:

—¿Tú puedes prescindir de «eso», Leo? ¡Yo noooo...!

En el penal creí que me volvería loco. Creo que tengo derecho a desahogarme un poco, ¿no?

—Puedo presentarte a una amiga. Vive en un sitio discreto de Berkeley y...

—Gracias. Prefiero elegir yo.

Y luego, mientras el coche se deslizaba por las calles céntricas de San Francisco, Alex Masson añadió, chascando los dedos recordando algo:

—¡Ya está! Hace años estuve en un local que se llamaba Landing. Era un tugurio indecente, pero si no lo han cerrado por escándalo allí encontraré una buena potranca. Recuerdo perfectamente que estaba lleno de mujeres aburridas que tomaban sus martinis con la caña dispuestas a pescar los primeros pantalones que se pusieran a su alcance.

Cambiando de marcha, haciendo dar un tirón el coche, Leo Barring informó:

—Hará años de eso, ahora Landing es un sitio elegante.

—Seguro que el dueño se forró. ¡Te digo que estaba siempre atestado de clientes!

—Vamos a Landing, pero pescas lo que sea y salimos de allí. ¡Demasiado público!

—¡Claro que saldremos de allí! ¿Por quién me tomas, Leo? ¿Crees que soy de los que se conforman con hartarse de copas y

pasar la noche charlando con una dama y una mesa entre los dos? No, chico, no. ¡Me gusta aprovechar más el tiempo!

Minutos después, tras apurar el primer *whisky* en una de las mesas del local elegido, discretamente Alex Masson señaló a la barra con el mentón informándole a su compañero:

—¿Te animas? Allí hay dos tigresas estupendas. Me refiero a la del vestido negro y a la de la espalda al aire.

Las delgadas facciones de Leo Barring parecieron adelgazarse más al fruncir los labios musitando:

—No son mi tipo.

—Pues yo me lanzo. Me quedará con una de las dos. Cruzó el local sorteando las mesas, se acercó a la barra y al llegar al objetivo saludó alegremente, como la cosa más natural del mundo:

—Hola, reinas, apuesto a que aún no habéis encontrado a vuestro príncipe encantador.

Las dos mujeres le miraron con descaro y desgana, y la que parecía más llenita informó:

—No somos monárquicas. No nos gustan los príncipes. Preferimos un hombre.

—¡Se adivina! Aquí tenéis uno a la medida.

Esta vez fue la otra quien habló:

—No está mal. Pero demasiado fresco. ¡Lárguese y déjenos en paz!

—¿No tomamos ni una copa?

—Todo lo más aceptamos un cigarrillo. Hemos terminado los nuestros.

Galante, siempre con la sonrisa en los labios, el hombre rubio sacó el paquete y lo ofreció, entregándoselo a la morenita:

—Podéis quedároslo. ¿Qué hay de esas copas?

—Dije que no. Esperamos compañía.

—¡Mala suerte! Ésta no es mi noche.

Regresó a la mesa con aire aburrido y la nasal vos de Leo Barring se burló:

—¿Falló tu estrategia?

—¡Falló! Debo estar desentrenado.

—Vámonos, te presentaré a esa amiga que te dije. Es una buena chica.

—Gracias, Leo. ¡Tú sí que eres comprensivo!

Salieron y el coche enfiló hacia Berkeley, uno de los sitios más bellos de San Francisco, lugar frente a la gran bahía, pero de forma que se divisa la salida del puerto y los ojos pueden alcanzar a contemplar el mar abierto, el inmenso Pacífico.

Y mientras, las dos mujeres a las que había abordado el hombre rubio abandonaban también el local llamado Landing y una vez en su coche la más llenita destrozó el paquete ofrecido por aquel fresco y de su funda sacó un papel que se puso a leer.

Un minuto después le rogaba a su compañera:

—Por favor, Rossy, llama al jefe. Será mejor leerle este informe por radio antes de llegar a su despacho. ¡Es muy importante!

—¿Cómo le reconociste? —preguntó la otra manipulando en la radio.

—Nos dio la contraseña. ¿No oíste que nos tuteó y nos llamó reinas?

Y ambas se dedicaron con calor a cumplir su trabajo.

Les pagaban precisamente para eso.

CAPÍTULO VII

El coche avanzaba por la carretera 206 y a unas diez millas de la base de Stockton torció a la derecha para enfilarse un camino sin asfaltar. Dio la vuelta, volvió a quedar frente a la carretera y su conductor dijo:

—Desde aquí le veremos venir. Es una buena recta y los camiones de los Laboratorios Kessinger se distinguen bien.

Consultó su reloj y nuevamente volvió a decir a sus dos compañeros:

—Tú y Alex situaros al otro lado de la carretera. Ocultaros bien y no salgáis hasta que haya frenado el camión, cuando yo ponga el coche ante ellos. ¡Faltan diez minutos!

—¿Pasará puntual? —quiso saber el hombre que saltó del coche tras el ahora rubio Alex Masson.

Era uno de los dos que le habían ido a buscar al aeropuerto a su llegada a San Francisco, aunque ahora llevaba otro traje que no era el negro. Se había enterado que se hacía llamar Roy Hendry y le animó, tocándole el hombro en la oscuridad de la noche:

—Vamos, Roy. Si no pasa a las diez pasará más tarde. ¡Es igual!

Cruzaron la carretera tumbándose en la cuneta.

Bajo sus gabardinas aparecieron dos metralletas de fabricación inglesa, «Thompson», y con un susurro innecesario, precavidamente Roy Hendry recomendó al compañero:

—Cúbrete la cara, Alex, esos camioneros a veces son tipos listos y luego se tiran horas y horas ante los ficheros de la policía, intentando identificar a sus asaltantes. ¡Seguro que tienen tu ficha por allí!

—Sí, Ray, pero no hace falta. Yo veo mejor sin esta condenada media que me dio Leo.

—¿Cómo que no hace falta? ¿Crees que por haberte teñido el pelo no pueden identificarte?

—Está bien. ¡Deja de graznar!

Un gran camión con su remolque avanzaba por la carretera 208 hacia San Francisco. Con grandes letras llevaba en sus costados el nombre de Laboratorio Kessinger, S. A., y su conductor parecía contento. Contento y sonriente pese a que le dijo al ayudante que le acompañaba:

—No te preocupes, Frank. Dentro de poco habrá terminado todo.

El otro contestó, con mucho menos optimismo:

—Eso me temo, Jeff. ¡Que termine todo para nosotros!

—No seas cenizo, hombre. ¡Todo saldrá bien!

De pronto tuvo que frenar. Un «Chevrolet» negro se cruzó absurdamente en la carretera saliendo inesperadamente de un camino, y cambiando las marchas precipitadamente para reducir así la velocidad del camión avisó:

—¡Ahí están! ¡Prepárate!

El chófer que conducía el camión de los Laboratorios Kessinger abrió la portezuela, saltó a la carretera y se encaró con el hombre que permanecía al volante del «Chevrolet» negro:

—¿Qué le pasa, amigo? ¿Está bebido?

Su ayudante también bajó por la otra parte y gritó con no menos enfado:

—¡Aparta de ahí, imbécil! ¿Cree que la carretera es suya?

No habían avanzado dos pasos cuando a su espalda ordenaron dos voces casi al tiempo:

—¡Arriba esas zarpas! ¡Un paso más y será lo último que hagan, amigos!

Obedecieron, era preciso hacerlo, máxime al sentir los cañones de las armas incrustarse en sus riñones. Y con los brazos alzados vieron cómo el estúpido que les había cerrado el paso saltaba del «Chevrolet» negro, corría hacia el camión velozmente y gritaba a sus dos compañeros:

—¡Al coche! ¡Dejad sin sentido a esos dos conejos!

Vieron también que aquel hombre llevaba el rostro cubierto con algo que no le impedía ver a él, pero que desfiguraba sus facciones. Y cuando volvían la cabeza para mirar a los que les iban a golpear, entonces ocurrió la tragedia...

Una de las metralletas «Thompson» ladró su canción de muerte y el chófer del camión y su ayudante se desplomaron, como barridos por un huracán.

Fue todo tan rápido, tan inesperado, tan brutal, que el mismo Roy Hendry balbució sin saber qué hacer con su metralleta:

—¡Pero Alex! ¿Qué..., qué has hecho?

La respuesta del hombre rubio que no tenía cubierto el rostro como Leo Barring ni Roy Hendry fue también brutal:

—Campana rota no toca y hombre muerto no declara, amigo. ¡Así es mejor!

—Pero esto... ¡Esto es un asesinato!

—¿Y qué? ¿Eso te asusta, Roy?

Era preciso mostrarse duro, ser consecuente con el oficio que desempeñaba y volvió a balbucir, entrecortadamente:

—No... No me asusta. Pero no había ninguna necesidad. Yo creo que...

Desde la cabina del camión, la voz gangosa del delgado Leo Barring gritó:

—¡Basta de charla, estúpidos! ¿Queréis estar toda la noche aquí? ¡Vamos ya!

Sin lograr reaccionar del todo, señalando a los dos hombres tendidos en la carretera, Roy Hendry aún dijo:

—¡Ya viste lo que hizo! ¡Los ha matado!

—¡Peor para ellos! —contestó desde el camión Leo Barring—. Un ligero cambio de planes y andando. Y ya que lo hiciste, tú te quedarás con ellos aquí para sacarlos de la carretera y ocultar esos cadáveres, Alex. Cuanto más tarden en encontrarlos, mejor. Y tú, Roy, ¡ven aquí! Me acompañarás y luego Alex despenará ese coche robado. ¡He dicho que arreando, Roy!

Velozmente, con sus hercúleas fuerzas Alex Masson metió a los dos camioneros en el coche terciado en la carretera, empuñó el volante y saludó antes de arrancar acelerando:

—¡Hasta luego! Este par de angelitos dormirán su sueño eterno también en el mar. ¡Los lanzaré con el coche!

Tomó la dirección opuesta a la que seguiría el camión y se perdió en la noche devorando la cinta de la carretera.

Conectó la radio, buscó una emisora que transmitiese música bailable y sonrió pensando en los malhumorados comentarios de

Roy Hendry, quejándose ante el esquelético Leo Barring.

Y lo sorprendente fue que dos millas más allá habló para los dos hombres que seguían tendidos en el asiento posterior:

—¡Arriba, chicos! ¡Terminó la comedia!

Frank Cooper y Jeff Landsbury, dos agentes de la

C. I. A.,

que todo el mundo habría tomado por empleados de los Laboratorios Kessinger debido al mono que vestían, se incorporaron, poniéndose cómodos en el asiento posterior del negro «Chevrolet» robado unas horas antes de un estacionamiento en San Francisco.

El que había conducido el camión respiró hondo, ofreció un cigarrillo al compañero y a su vez habló:

Y luego, pasando el brazo hacia el conductor:

—Te lo dije, Jeff. ¡Ya pasó todo!

—¿Un cigarrillo, Tes?

—No, gracias, antes vamos a buscar un buen sitio para el último acto. Hay que lanzar el coche en un sitio que la gente lo pueda ver mañana, pero haciéndole tragar a la policía que nuestros cadáveres han sido arrastrados por el mar.

—¡Menudo trabajo vamos a darles! ¡Estarán toda la semana buscando con sus hombres-ranas!

—Si el jefe lo considera así, les contará el cuento. Si no... ¡Allá ellos! Para eso les pagan.

Jeff Landsbury, saliendo de su mutismo opinó:

—Estas cosas debían hacerse en colaboración con la policía. Luego nos llaman a los federales los niños bonitos y otras lindezas, metiéndose con la

C. I. A.

Washington debería informarles de ciertas cosas y así...

—Así habría más riesgos de que hubiese filtraciones, Jeff — aclaró el hombre rubio que conducía al volante, resultando que ahora no se llamaba Alex Masson, ni Howard Brossy, como rezaba en su documentación falsa, sino Tex Galkin, agente especial de la

C. I. A.,

norteamericana, enzarzado en una de las misiones más arriesgadas y difíciles que se podía imaginar.

Pero hasta el presente estaba saliendo bien de la prueba.

Prueba dura y áspera, desagradable y tensa, sosteniendo el tipo durante el tiempo que fue preciso permaneciera en el penal de Nueva York, como en todas las andanzas que desde lo de Nino Moretty había tenido que soportar.

Precisamente lo de Nino Moretty había sido una puesta en escena digna del mejor de los directores de teatro. Primero se había creado el debido ambiente, dejando deslizar entre los reclusos de Sing-Sing

que Alex Masson era un caso aparte en los anales de la delincuencia. Un inadaptado procedente de otros penales, un indomable rebelde, un asesino que había sorprendido a su esposa con otro hombre y los había matado, un auténtico matón que no temía ni a las celdas de castigo ni a las porras de los vigilantes, para al final...

Dejó de pensar en todo esto, preguntando a sus compañeros:

—¿Qué hay de Nino?

—Desde la enfermería lo trasladaron a una pequeña comisaría de Long Island. Nadie sabe que está allí. Moretty ha prometido tener cerrado el pico hasta que termine esto.

—Le conviene, le prometimos rebajarle algo su condena.

—Por cierto que se quejó al jefe, dijo que le habías pegado muy duro y que eso no estaba en el trato.

—¡Qué cretino! ¿Quería que todos se dieran cuenta que era una pelea amañada? —replicó Tex Galkin.

—También dijo algo que te hará reír —añadió Frank Cooper.

—¿Qué dijo?

—Que había aceptado porque él era muy patriota y amaba al país.

—¡Valiente caradura! —exclamó Tex Galkin—. ¡Pero si él es italiano!

—Te equivocas, Tex —rectificó Jeff Landsbury, nuevamente interviniendo en la conversación—. Nino Moretty ha nacido en Nueva York, concretamente en el mismo Manhattan.

—Bueno, Jeff. ¡Es lo mismo!

Y luego, pensando en los escrúpulos y en el código de honor de aquel gángster, añadió divertido:

—¡Tiene gracia! De forma que si se hubiese tratado de descubrir a algún gángster como él o algún traficante de drogas, no habría

colaborado, ¿no es así?

—Exacto, pero dijo que tratándose de individuos que sabotean el esfuerzo bélico del país, él haría todo lo posible para que descubramos esa organización.

—¡Muy edificante! Realmente muy enternecedor.

—Admite que tu fama ha crecido mucho en el mundo del hampa, Tex. Fue una buena idea eso de cargarse a Moretty.

Otro personaje de aquella comedia le hurgó en el cerebro a Tex Galkin y preguntó, sin dejar de examinar los acantilados de la costa:

—¿Y de la chica, qué hay?

—¿Te refieres a Natalie Koleman? —dijo Frank.

—Sí, la rubita que me ayudó después de la fuga.

—Está vigilada. Hace dos días que está aquí.

—¿Aquí, en San Francisco?

—Sí, en casa de su tío, el gran Koleman.

—Vaya, vaya. Eso quiere decir que casi tomó el mismo avión que yo.

—Por lo visto no quiere perderte de vista. ¡La habrás flechado!

—bromeó Jeff Landsbury.

—Por cierto que otra que parece interesada por ti es Rossy —apuntó Frank.

—¿Quién es Rossy?

—La trigueña que estaba anoche en Landing acompañando a Judy. Dijo que de momento no te reconoció cuando te acercaste.

—Será por lo del pelo. ¿Qué tal me cae, chicos?

—¡Soberbio! —siguió burlón Jeff Landsbury—. ¿Dónde te lo tiñeron?

—No te preocupes, Jeff. Ya te daré las señas de la peluquería. ¡Pero que no te pase como a mí!

—¿Qué pasó, Tex?

—¡Me tomaron por afeminado!

La carcajada fue triple y siguieron bromeando durante un par de millas más, hasta que al fin Tex Galkin encontró lo que buscaba y frenó indicándoles:

—Aquí. ¿Qué os parece este lugar?

—Un bonito sitio para un accidente.

—Vamos allá, muchachos. Cuanto antes terminemos, mejor.

Instantes después el coche era empujado al fondo de un

barranco, sobre unas húmedas rocas peinadas por el oleaje del mar. Bajaron a ver si todo estaba en orden y mientras ascendían Tex Galkin volvió a preguntar:

—¿Lleváis un transmisor encima?

—Sí, pediremos un coche. Nos ahorrará la caminata.

Manipuló Frank Copper en un pequeño aparato que sacó del tacón de su bota de camionero y al poco se acercó a los dos amigos que fumaban y charlaban:

—Ya vienen, calculo que tardarán una media hora.

Era preciso esperar y Tex Galkin preguntó, para ir atando más cabos:

—¿Qué hay de la carga del camión? ¿Ya va preparada?

—Sí, lo hicieron en los Laboratorios Kessinger. Por cierto que el ingeniero jefe se encrespó un poco. Preguntó que quién iba a pagar la carga y cuando le dije que el Gobierno, se avino a neutralizar el ácido nítrico. ¡No les servirá para nada!

—Lo importante es que ese Wakerman no sospeche nada, Frank.

—Descuida, esos químicos son unos lince. Lo mezclaron con un compuesto y nada notarán. Pero cuando quieran utilizarlo para fabricar sus condenados explosivos retardados, les saldrá el tiro por la culata.

Jeff Landsbury encendió el tercer cigarrillo y quiso saber:

—¿Por qué no les detienen ya? Estoy seguro que ese delgaducho de Leo Barring o Roy Hendry cantarían de plano. Y su jefe Wakerman haría lo mismo.

—Es preciso picar más alto, Jeff. Ellos son simples peones de la organización. Nos interesa Ilma Koleman.

—¡Pero si ya sabemos que está mezclado en el ajo!

—De acuerdo, pero ahora que hemos logrado mezclarnos entre ellos, llegaremos hasta el fondo, Jeff. Lo más importante en todo esto son los contactos que tiene Ilma Koleman con los agentes extranjeros. ¡Ésa es la fuente! Una vez sepamos quién les paga para esos sabotajes y cómo lo hacen, el juego habrá terminado.

—Sí, Tex, y mientras, tú bailando en la maroma.

—Hasta ahora no sospechan de mí. Me tienen por el tipo más duro y depravado de la tierra. Ese Alex Masson que hemos fabricado es capaz de estrangular a su abuela.

—Bien. ¿Y si te descubren?

Se encogió de hombros significativamente, musitando:

—Mala suerte. ¡Es el oficio!

Los faros de un coche se reflejaron en la carretera. Si era el que esperaban se detendría al localizar el lugar por la comunicación que había establecido por su aparato de radio Frank Cooper. Si no era así, pasaría de largo y en paz.

Prudentemente se escondieron tras unas rocas y vieron pasar un descapotable con una melena rubia agitada al viento. La radio debía ir encendida y quedaron unas notas musicales flotando en el aire, como acariciando sus oídos.

Nuevamente solos y recordando la escena representada Jeff Landsbury dijo:

—Eso suena mejor que la música de tu «Thompson», Tex, cuando oí la ráfaga me olvidé de todo y creí que era de verdad. ¡No me costó trabajo dejarme desplomar en la carretera!

—Sabías que dispararía con balas de fogueo.

—Sí. ¡Pero parecían de verdad, cuernos! Mira que si al otro se le ocurre rematarnos y descarga su arma...

—Otro riesgo del oficio, querido Tex —le recordó el agente llamado Frank—. Aunque estoy seguro que antes Tex habría intervenido cambiando el decorado.

—¡Seguro! Ya estaba vigilante y al menor movimiento les habría dejado secos a ellos. No pensemos más en eso ¡Todo salió bien!

CAPÍTULO VIII

La fiesta estaba en todo su esplendor e Ilma Koleman atendía a sus numerosos invitados con la amabilidad tan característica en él. Sonreía, saludaba, cambiaba de vez en cuando alguna frase de cumplido y, a veces, si el invitado lo merecía, hasta formar al instante un pequeño corro en el que todos parecían dialogar de algo que les interesaba mucho y divertía.

Ilma Koleman ya había cumplido los sesenta años, pero conservaba toda la frescura y madurez de un hombre de cuarenta. Pulcro, elegante, con aires distinguidos y mesurados, de él se decía en San Francisco que aunque cayese en un inmundo pozo lleno de sucio lodo, sabría salir de allí con la ropa limpia, sin una sola mancha y con la atractiva sonrisa en los labios.

Una sonrisa que le había granjeado muchas simpatías y facilitado no pocos negocios, quizá también porque era valiente y tan audaz, que se atrevía a lanzar un millón de dólares al aire, siempre y cuando al descender bajase multiplicado por dos.

De todas formas, a Ilma Koleman no le había salido todo bien en la vida. Siempre había soñado con tener un hijo y no lo pudo conseguir, pese a sus tres esposas que, una tras otra, en plena juventud, le habían abandonado. La primera por muerte natural, la segunda por un fatal accidente que en su día se comentó mucho en San Francisco y la tercera... Bueno, la tercera simplemente había desaparecido, en unión de un buen montón de dólares, unas valiosas joyas y el chófer particular del rico magnate naviero.

Ilma Koleman superó estos reveses del destino siempre con la sonrisa en los labios, y a raíz de la misteriosa fuga de su tercera esposa, decidió no probar más la suerte conyugal y concentró todas sus atenciones en su linda sobrina Natalie Koleman, hija de un

hermano suyo que por cierto también tuvo una muerte bastante extraña.

Se le encontró ahogado en su bañera, con un fuerte golpe en la nuca. Según más tarde se esclareció, por haber pisado la pastilla de jabón y haber resbalado...

¡Mala suerte!

Mala suerte para el muerto, ya que el hermano que quedó vivo heredó toda la fortuna de los Koleman y desde entonces pudo ampliar su flota que se dedicó a un activo y lucrativo comercio con uno de los mercados más olvidados, la inmensa China.

Pero al poco, otra vez la suerte de Ilma Koleman volvió a estar en el fiel de la balanza. La derrota del generalísimo Chiang

Kai-Chek

en la China continental y el triunfo de Mao

Tse-Tung,

llevaron a los Estados Unidos a romper sus relaciones comerciales con el nuevo país comunista, e Ilma Koleman, tras no pocos tiras y aflojas de ciertos senadores pagados por él en el Congreso, tuvo que limitarse a que sus barcos recalasen solamente en la isla de Formosa.

Al quedar tan reducido su comercio le sobraron barcos y compensó la pérdida alquilándolos, bien al Gobierno de Estados Unidos o al de otros países. Petroleros, grandes cargueros, fruteros, transatlánticos y hasta algunos buques alemanes que iban a ser desguazados al terminar la Segunda Guerra Mundial, pasaron a llevar el pabellón de la poderosa compañía que presidía, con el ochenta por ciento de las acciones, el sonriente y amable Irma Koleman.

Todo un imperio.

Pero un imperio flotante que, una vez más, empezaba a tambalearse.

Y todo porque, de pronto, misteriosamente y desde hacía unos seis meses, muchos de los barcos de la compañía de Irma Koleman estaban siendo saboteados y hundidos en mitad del Pacífico, precisamente cuando cumplían una misión patriótica llevando en las panzas de sus bodegas suministros y material de guerra para los muchachos norteamericanos que peleaban en el lejano hervidero de Vietnam.

Por supuesto que la compañía cobraba los fletes en buenos dólares del Gobierno que a su vez éste recaudaba de los sufridos contribuyentes, pero en el fondo, aquellos sabotajes casi en cadena, viaje sí y el siguiente también, constituían una pérdida.

Pérdida compensada por las compañías aseguradoras que estaban que mordían, llegándose a decir en ciertas esferas que Irma Koleman cobraba las elevadas pólizas de seguro por unos barcos ya carcomidos y viejos que en su día habían rendido lo suyo amortizando en diez veces su valor.

Así las cosas, Ilma Koleman había apremiado al Consejo de Administración de la compañía que presidía a que pusieran de patitas en la calle a no pocos viejos empleados de sus astilleros y muelles, con la excusa de que muchos de aquellos obreros eran comunistas y en la guerra que se estaba ventilando en el Sudoeste asiático tomaban partido por el Vietnam y la China de Mao Tse-Tung.

Al instante él y sus más fieles colaboradores se preocuparon de llenar aquellos puestos vacíos de los obreros expulsados con otros, asegurando que con esta medida se reducirían al mínimo los sabotajes.

Se redujeron, sí, pero en los talleres, en los muelles y en el momento de cargar en las bodegas el material y los suministros, pero no en alta mar donde empezaron a explotar, de forma misteriosa y volviendo locos a los encargados de la vigilancia, los barcos que se hundían en el Pacífico.

Sin embargo, aquella noche Ilma Koleman no parecía pensar en todo esto, atento siempre a facilitar una feliz velada a sus invitados, muchos de ellos tan poderosos e influyentes como él mismo, con altos puestos en la administración y en ese complicado mundo de los negocios en el que, según los maliciosos, todo es posible.

Secundado por su sobrina recién llegada del Este, Ilma Koleman cumplía sus funciones de anfitrión y en uno de los corros donde se detuvo le dijo al general Claney Tittelbraem Taylor:

—Desengáñate, querido Clay, si el presidente ordena que cesen nuestros bombardeos en el Vietnam, China dejará de verle las orejas al lobo. ¡Y eso es peligroso!

—Opino que deberían cesar, Ilma. Piensa en las víctimas inocentes y verás que...

Afablemente, siempre con la simpática sonrisa bonachona en los labios, el dueño de la casa palmeó las espaldas del militar atajándole:

—Piensa en América, querido Clay. ¡Piensa en América! ¡Siempre en nuestro hermoso país!

Observó al fondo de la gran sala, distinguió un rostro muy conocido allí y se excusó con los del corro:

—Permitidme, queridos amigos. Debo recibir a unos invitados que llegan...

Cruzó el salón repartiendo más saludos y sonrisas, llegó hasta la puerta y plantándose ante el recién llegado dijo, afable el rostro pero seca y áspera la voz:

—Mi querido Wakerman. ¿Desde cuándo te permites invitarte a mis fiestas?

—Es algo urgente, señor Koleman. No habría venido aquí a no ser que...

—Pasa a mi despacho. Dentro de diez minutos estaré contigo. No quiero que ningún imbécil de los que hay esta noche aquí vea que entramos juntos.

Natalie Koleman se acercó, indagando:

—¿Pasa algo, tío?

—Nada, Nat. El señor Wakerman me informa de las cotizaciones de Bolsa. ¿Por qué no bailas más, pequeña?

—¡Oh, no, tío! Basta, los cuatro lechuguinos que me has presentado me han martirizado los pies.

Diamond Wakerman hizo una inclinación de cabeza, les vio alejarse a los dos mezclándose con los otros invitados y él, como distraídamente, tras cazar una copa de champaña de la bandeja de un criado, también sonrió y siguió avanzando hacía donde sabía estaba el amplio despacho.

Una vez allí esperó y a los pocos minutos se abrió la puerta, para quedar cerrada con llave. Ilma Koleman estaba apoyado en ella y ya no sonreía al decir:

—¿Y bien, Wakerman?

—Ese Alex Masson que me ordenó contratar es un... un...

—¿Un qué?

—¡Un bestia!

—¿Por qué es un bestia, querido Koleman?

—¡Ha asesinado a dos hombres! Al conductor y al ayudante del camión.

Irma Koleman quedó pensativo, se pellizcó durante medio minuto la oreja y avanzando preguntó, dubitativo:

—¿Quiénes hicieron el trabajo?

—Leo Barring, Roy Hendry y él..., ese tipo.

—¿Por qué los asesinó? ¿Hubo problemas?

—No, señor Koleman. ¡Ahí está la cosa! Todo salió bien, pero según me han contado Leo y Roy, después de soltarles la ráfaga y preguntarle por qué lo había hecho, muy satisfecho les dijo: «Campana rota no toca y hombre muerto no declara». ¡Y se quedó tan fresco, señor Koleman!

Contra lo que esperaba su visitante el dueño de la casa soltó una sonora carcajada y al fin, ya calmada su hilaridad, pudo decir a borbotes:

—¡Ja, ja, ja! Pues admite que tiene razón. ¡No está mal la sentencia, Wakerman! «Campana rota no toca y hombre muerto no declara». Sí, hombre sí. ¡Tiene razón!

Confuso, algo perplejo sin saber qué decir, Diamond Wakerman farfulló también:

—Pero señor Koleman. Eso... Eso puede traer problemas.

—¡Quiá, hombre! Te repito que eso me gusta. Ese Alex Masson lo dijo: ¡Hombre muerto no declara! Más peligro se corre cuando se deja a los camioneros asaltados con vida. Ésos... ¡Ésos sí que pueden un día declarar quiénes les robaron su carga!

—Pero la policía... La policía ahora se tomará más interés.

—Por favor, Wakerman. ¡No seas ingenuo ahora! La policía se está tomando todo el interés que puede para localizar a los que asaltan esos camiones desde el primer día. ¡Lo que pasa es que todo lo planeo bien y ellos son unos ineptos! ¡Eso es lo que pasa!

—Bien, señor Koleman, yo sólo le quería informar por si deseaba que le diéramos la boleta a ese Alex Masson. Me ha dicho Leo Barring que lo haría con mucho gusto. ¡No le agrada!

—Le dices a ese saco de huesos que se guarde sus opiniones. ¡Y que no le pagas para pensar! Si le descerraja un tiro mañana encontrarán el cadáver de Leo Barring con una tonelada de plomo en la barriga.

—Está bien, señor Koleman.

—Otra cosa, quiero conocer personalmente a Alex Masson.

Diamond Wakerman le miró fijamente y se quedó sin hablar. No alcanzaba a comprender. Aquel alto honor sólo le estaba permitido a él y ahora, el desconocido que había recién llegado del Este...

El elegante dueño de la casa volvía a sonreír y comprendiendo sus pensamientos y perplejidad reflejada en el rostro le tranquilizó:

—No temas, hombre. Nadie va a quitarte el puesto. Pero siento curiosidad por conocer personalmente a esa especie de segadora. Admite conmigo que tiene un digno historial, asesinó a su esposa y a un hombre, mata luego en el penal nada menos que al gran Nino Moretty, se fuga audazmente, burla a toda la policía de Nueva York y logra salir del Estado, para aterrizar aquí y sintiendo nostalgia de sus aficiones darle gusto al gatillo liquidando a esos camioneros. ¡Todo un récord, sí señor!

—Usted manda, señor Koleman, pero no es un tipo recomendable.

Ilma Koleman sonrió aún más abiertamente al decir, señalando al visitante:

—Tú tampoco lo eres y te trato, querido Wakerman. —Es distinto, señor. Tenemos negocios en común—. Pues hombres como ese Alex Masson son los verdaderos puntales de nuestros negocios, amigo Wakerman. Hombres con temple y nervios de acero, sin escrúpulos, sin prejuicios ni consideraciones, sin tonterías y para los que la vida de los demás nada cuenta. ¡Hombres así son los que me gustan!

Esta vez fue Diamond Wakerman quien interceptó a su interlocutor y se atrevió a musitar:

—Si tiene usted algún problema, señor Koleman. Quiero decir que si desea que alguien... Bueno, ya lo sabe. Yo y mis muchachos podemos hacer lo que sea.

—No te pases de listo, Wakerman. Por otra parte ya estás viejo y tus muchachos no son tan expertos. Simples matones que cobran por llevar una pistola bajo el sobaco. Pero sin verdadero amor al oficio como ese chico.

—Entonces..., ¿le digo que pase mañana a visitarle?

—Mejor esta noche. Hay mucha gente aquí y así nadie se fijará en él. Será como un invitado más. Cambiaré unas palabras discretas con él y le tomaré por mí mismo la medida. Pero no le digas nada

de mí, te limitas a decirle que deseas que asista a esta fiesta pues para... para...

Quedó un instante pensativo y al poco preguntó, regocijándose con su buena idea:

—¿Tú conoces al general Claney Tittelbraem Taylor?

—Sí.

—Bien, le dices a ese chico que deseas que vigile al general y le das sus señas personales, para que le localice. Así veremos que tal lo hace y además le dices otra cosa, Wakerman.

—¿Qué le digo, señor Koleman?

—Que no tienes ninguna invitación para esta fiesta y que tendrá que valerse de sus propios medios para entrar en ella. ¡Va a ser todo un examen para ese Alex Masson!

Diamond Wakerman se dirigió cabizbajo hacia la puerta, y aunque Ilma Koleman no era hombre que diese explicaciones, en aquella ocasión se dignó a aclarar:

—Te he dicho que no temas por tu puesto, Wakerman. Hemos recorrido mucho camino juntos y aún te necesito. Precisamente por eso quiero conocer a ese chico. Voy a encargarle algo personal que tú no estás en condiciones de hacer. Es algo especial y una vez lo realice le darás la satisfacción a Leo Barring para que haga con él lo que quiera. ¿Te basta esto?

—Sí, señor Koleman. Que se divierta en su fiesta.

—Hasta pronto, Wakerman. Ya tendrás mis noticias.

Poco después, saliendo por otra puerta, Ilma Koleman se mezclaba nuevamente con sus invitados y sus labios volvían a sonreír con la afabilidad y simpatía en él característica.

¡Era todo un señor!

CAPÍTULO IX

Tex Galkin aparcó el coche en la parte trasera de la casa, subió al techo del vehículo y poco después, sin encomendarse a Dios ni al diablo, saltó con agilidad al jardín.

Desde lejos distinguió toda la planta baja iluminada y un leve rumor de risas, música y fiesta. Estiró los puños del *smoking*, atusó sus teñidos cabellos rubios para que todo estuviera en orden y avanzó sacando una botella de champaña del bolsillo del pantalón y una copa.

Era principio de primavera y las noches aún resultaban frescas en San Francisco con la brisa marina, Por eso había calculado que la fiesta no sería en el jardín sino dentro de la casa, en cuya puerta, con toda seguridad habría un par de criados pidiendo a los que llegaban las invitaciones, o bien preguntándoles quiénes eran, si es que no las traían.

Pero con aquella botella de champaña y la copa Tex Galkin casi podía asegurar que vencería el último obstáculo. En el peor de los casos, siempre le quedaba el recurso de colarse por una de las ventanas.

Destapó la botella sin ruido, medio llenó la copa y avanzando hacia la puerta se dijo:

«Vamos allá, Tex, suerte... ¡Y al toro!».

Al poco llamaba discretamente con los nudillos y ante la mirada del criado informó, bebiendo a sorbitos:

—Quería respirar un poco de aire y salí por la puerta trasera. Pero noto que la nohecita está muy fresca.

Vestido de etiqueta, con la copa medio llena de champaña y ya en el interior del jardín que permanecía cerrado, ¿qué criado podía sospechar que no se trataba de tino de los invitados que,

efectivamente, había salido a respirar un poco de aire por la puerta trasera?

Aquello fue como el «ábrete, Sésamo» de Alí-Babá

y los cuarenta ladrones y hasta el criado le obsequió con una amable sonrisa musitando un:

—Perdón, señor, siento que le cerraran la puerta después de salir.

Avanzó por el gran salón y contempló la alegre fiesta. Al primer vistazo se dio cuenta de que Ilma Koleman no invitaba precisamente a limpiabotas, chóferes y camareras. El no estaba muy al corriente del mundo de la alta sociedad, pero por su porte, por las alhajas de las mujeres y por los entorchados de los militares, calculó que allí había buena parte de los más floridos y encumbrados de San Francisco.

Desde lejos una de aquellas enojadas damas le sonrió obsequiosa y Tex Galkin se dijo que no estaría de más inclinar un poco la cabeza, también con la sonrisa en los labios. Aquello era como empezar a entrar en ambiente y al mismo tiempo no sentirse tan solo.

Pero al instante se arrepintió de su amabilidad para con la explosiva señora, ya que la vio venir como una flecha hacia él sorteando con su ondulado cuerpo a los otros invitados y al llegar, tan generosa su sonrisa como su escote, preguntó con una voz de falsete que ansiaba ser encantadora:

—Creo que ya nos conocemos. ¿No nos hemos visto antes, joven?

—Pues no, señora. Yo... yo...

—Sigo opinando que sí. Quizá en casa de los Hartman o de los Brenan. O es posible que en la fiesta que dio Jennifer.

—Siento decirle que no conozco a Jennifer, señora. Yo...

No se rindió. Se colgó de su brazo con el mayor descaro y siguió ofreciéndole generosas vistas de su escote, con un descoque estudiado que a Tex Galkin le hizo sonreír. Pero estaba atrapado por aquella especie de escarabajo pelotero con cabellos rubios y temiendo que la cosa se agravase si le pedía bailar, decidió aprovechar el tiempo preguntando:

—Al que me gustaría conocer es al general Taylor. ¿Le ha visto

usted por aquí, señora...?

—Elizabeth Weitrel —sonrió añadiendo—. Ally para los amigos, joven.

—Muy amable, señora Weitrel. ¿Puede indicarme discretamente quién es el general Claney Tittelbraem Taylor, por favor?

La voz de falsete de la señora Weitrel no contestó, pero lo hizo otra femenina mucho más armoniosa, sonando a la espalda de Tex Galkin al decir:

—¿Puedo presentárselo yo, señor Masson?

Se volvió como si le hubiese picado una avispa y exclamó:

—¡Nat...! ¡Natalie Koleman, nada menos!

Ally Weitrel miró a los dos jóvenes, hizo un mohín de desaire y alejándose murmuró:

—¡Bah! Todos son iguales. Ignoran que la madurez en la mujer es lo mejor. Lo malo es que cuando lo aprenden, para ellos ya es demasiado tarde.

—¿Qué le pasa a esa vieja? —preguntó el hombre.

—La señora Weitrel no es vieja, señor Masson.

—Pues lo parece.

Vio que la muchacha estaba fijándose en su pelo rubio y explicó:

—Fue de un susto. ¡Me costó lo mío salir de Nueva York!

—¿A quién pretende engañar? Ahora ya sé quién es usted.

Tex Galkin la tomó de un brazo para llevarla a un rincón del gran salón, temeroso de las reacciones de la temperamental muchacha. Y una vez allí, apartados de la gente, indagó:

—¿Qué es lo que sabes, Nat?

—Que es usted un criminal. ¡Un asesino!

—¡Chist! ¡Calla, mujer! No hace falta que grites.

—Ni usted que me tutee, señor Masson. Quiero que sepa que le ayudé aquella mañana porque ignoraba quién era usted y por qué delitos se había fugado de la cárcel. Le tomé por un fresco simpático.

—Lo importante es que me ayudaste, Nat.

—No. Lo importante es lo que ha hecho. ¡Lo sé todo!

—¿Saber qué, Nat?

—Pues eso. ¡Qué es usted un asesino!

—Vamos, vamos, pequeña. ¿Quién te ha dicho que yo...?

—Aquella misma mañana leí la Prensa. Y entonces supimos a

quién habíamos ayudado.

El empleo de aquel plural le recordó al criado negro y preguntó:

—¿Cómo está Sam?

—Tan indignado como yo. Creímos que estábamos ayudando a un hombre al que le habían ido mal las cosas y...

Sacudió la mano, fulminándole con los ojos al decir:

—¡Menudo pájaro de cuentas está usted hecho!

—Ya sabes, Nat, haz bien y no mires a quien. Por cierto que debo agradecerte algo más que la ayuda de aquella mañana. Al aterrizar aquí, ya tenía un comité de recepción esperándome.

—¿Un qué...?

—Dos amigos tuyos: un tal Roy Hendry y un tal Lohman o algo así. Aún no sé bien su nombre.

—No les conozco.

—¿Y a un tal Diamond Wakerman?

—El señor Wakerman es amigo de mi tío, con el que tiene algunos negocios.

—¿Qué clase de negocios, Nat?

—¿Y yo qué sé? ¿Es que me va a interrogar ahora usted a mí? ¡Soy yo la que tiene que hacer las preguntas! Y la primera es: ¿Qué diablos hace aquí?

—Primero dime una cosa, Nat. ¿A quién avisaste que llegaría a San Francisco?

—A mi tío: le telefoneé diciéndole lo que había pasado y cómo se presentó usted en mi casa. Le hizo mucha gracia y prometió que le embarcaría en uno de sus barcos si se presentaba usted a él. Si necesitaba huir.

—¿Y por qué esa ayuda a un «criminal», Nat?

—Ya le he dicho que entonces yo no sabía quién era usted. No había leído todavía la Prensa. Para mí era usted un hombre joven al que la vida le acosaba y yo... yo...

—Buena chica, Nat. ¡Un excelente corazón! Pero lo curioso es que aun sabiendo quién soy, tu tío me contrató.

Natalie Koleman le miró incrédula, reculó dos pasos e indagó:

—¿Mi tío...? ¡Oh, no, Alex! No le creo... Posteriormente volví a telefonearle dándole detalles de usted, su fuga, lo que había hecho en el penal y toda aquella negra historia que leí de Alex Masson.

—Howard Brossy, pequeña —rectificó—. Ahora me llamo

Howard Brossy.

—No será por mucho tiempo. Llamaré a la policía y le detendrán.

—¿No quieres seguir ayudándome?

—A un tipo como usted, con esa conciencia tan negra... ¡No!

—Te he dicho que estoy trabajando para tu tío, envió a dos hombres al aeropuerto y debieron montar la guardia allí hasta que aterricé.

—¡Eso no es cierto!

—Bueno: lo que sí es cierto es que él o Wakerman los envió. ¿Quieres que te lo demuestre?

Sin saber por qué le volvía a tutear otra vez, la muchacha replicó con rabia y prontitud:

—¡Sí! ¡Demuéstramelo! ¡Y si no es así haré que te echen a patadas de aquí! ¿Pero qué haces? ¡Oh!

Protestaba porque el hombre había enlazado su cintura e iniciaba el baile llevándola poco a poco, muy lentamente, hacia la parte del salón donde también danzaban otras parejas.

El se acercó más y susurró a su oído, recreándose con el perfume de la mujer:

—Bailas muy bien, Nat... ¡Y hueles deliciosamente!

Natalie Koleman sintió el rubor en las mejillas y suplicó, quedamente:

—Por favor. Esto no se baila así, tan unidos, tan....

—Nosotros sí, Nat.

—La... la señora Weitrel nos está mirando.

—Olvídate de esa cotorra, Nat. ¡Olvídate de todo ahora!

—¿De quién eres también? ¿De lo que debe haber sido tu vida, Alex?

—También de eso.

—No puedo.

—¡Sí, Nat... Puedes! Sólo debes recordar una cosa.

—¿Qué cosa?

—Un beso... ¡El beso que nos dimos!

Pugné con su manita por apartarle algo, para mirarle a los ojos y protestar:

—Eso tampoco es cierto. Me besaste tú, no yo.

—Yo empecé... ¡Y seguiste tú!

—¡Oh! Eres un hombre imposible.
Y siguieron bailando...

CAPÍTULO X

Bailaron, como tomándose una tregua de lo que tenían pendiente.

Al fin, la primera en reaccionar fue la mujer, indicando:

—Ahí está mi tío.

—Lo sé, Nat; lleva dos piezas observándonos.

—¿Cómo? ¿Pero es que le conoces?

—Personalmente, no. Pero he visto muchas veces su foto. ¡Se conserva joven!

Natalie Koleman fue a conducirlo hacia el dueño de la casa, cuando el hombre rogó:

—No le digas que te informé que Wakerman me contrató.

—¿Por qué no? Lo único que me impedirá denunciarte a la policía será si tienes alguna relación con mi tío o el señor Wakerman. No puedo consentir que un hombre como tú...

Se interrumpió porque Ilma Koleman se había acercado a su vez plantándose ante los dos, y sin dignarse a mirar a su sobrina, sin apartar sus ojos de los del hombre rubio que tenía delante, ordenó:

—Déjanos solos, Nat.

—Pero tío, yo...

—¡He dicho que nos dejes solos! Ocúpate de atender a los invitados.

No había apelación posible, quedaron solos e iniciando los pasos Ilma Koleman echó andar, musitando:

—Supongo que sobra toda presentación, ¿verdad?

—Por mi parte, sí, señor Koleman.

—Por la mía también. ¡Huelo a los bribones a diez millas de distancia!

Tex Galkin se paró, ya no siguiendo los pasos del dueño de la casa, que terminó volviéndose hacia él añadiendo:

—¿Qué...? ¿He dicho algún inconveniente? ¿Acaso no eres un bribón?

—No sé a qué se refiere, señor Koleman.

—De momento me estoy refiriendo a lo de Nat. ¡No quiero volver a verte cortejarla!

—Pero, señor Koleman, yo...

—No se hable más de esto. Te he avisado y basta. ¡No lo olvides!

Con un gesto de su cuidada mano le indicó que siguieran andando, aconsejándole:

—Sonríe... Anda con naturalidad y mientras cruzamos hacia el despacho habla de lo que quieras. ¡De cualquier tontería!

—Pues le diré, señor Koleman, creo que es una tontería que un tipo me tutee sin saber quién soy ni tener nada que ver con él. A los majaderos, así yo les...

—¡No te pases de la raya, Alex! ¿Aprovechas porque estamos rodeados de gente?

Al fin quedaron solos en el despacho y cerrando la puerta Ilma Koleman preguntó:

—¿Qué decías de majaderos, jovencito?

—Verá, señor Koleman: no tengo por qué aguantar sus insultos ni desplantes y yo...

—¡Tú te callas! Una carroña como tú no tiene derecho a protestar de nada. ¿O es que olvidas que eres un fugado de presidio, un asesino? Me basta con descolgar ese teléfono y...

Tex Galkin consideró que la clase de hombre que estaba representando ser, no debía callarse, y por eso preguntó:

—¿Por qué no lo hace, señor Koleman?

Se equivocó si esperaba irritar más a Ilma Koleman. El dueño de la casa le miró fijamente, sus labios empezaron a distenderse y terminó soltando una carcajada reconociendo:

—¡Ja, ja, ja! No hay duda, chico. ¡Eres un redomado bribón! Pero me gustas. ¡Tienes clase!

—Gracias, señor Koleman.

—Ante todo dime una cosa: ¿cómo has logrado entrar aquí? ¿Te invitó Nat?

—No... Entre por mis medios.

—¿Y por qué aquí, precisamente a mi fiesta?

—Tengo que vigilar a un hombre. ¡No diré más, señor Koleman!

—¿Ni aun si ese hombre es general, se llama Claney Tittelbraem Taylor y yo te digo que el hombre que te ordenó vigilarle se llama Wakerman?

—¿Conoce usted a Wakerman?

—¡Sí! Conozco a Wakerman. ¡Y no andemos con más tapujos entre nosotros! ¡Me revientan los rodeos! ¡Bastante tengo que simular con toda esa gente que hay ahí fuera!

—Pues usted dirá, señor Koleman... Si sabe quién soy yo, quien es Wakerman y otras... otras cosillas, pues...

Volvieron a mirarse fijamente los dos y en los ojos del viejo había malicia divertida al musitar:

—Conque... «campana rota no toca y hombre muerto no declara», ¿verdad, chico?

Tex Galkin no se inmutó y dijo con descaro:

—Ése es mi lema, señor Koleman. Y si se está refiriendo a dos camioneros que...

—¡No me estoy refiriendo a nada! —le atajó, nuevamente cortante.

Pero luego, suavizando otra vez la voz:

—Tengo un viejo amigo que me estorba...

Tex Galkin hizo un ligero movimiento de hombros, con mucho gesto pidió permiso para encender un cigarrillo, y tras la primera bocanada de humo musitó, como para sí mismo:

—Comprendo. A veces, los amigos nos roban mucho tiempo.

—Éste me roba algo más —replicó tajante Ilma Koleman.

Y por toda respuesta, el hombre rubio preguntó como ya cerrando el trato:

—¿Le hacen mil dólares, señor Koleman?

Nueva risotada divertida del dueño de la casa al decir:

—¿Siempre eres tan directo, chico?

—Bueno; acaba de decirme que le revientan los rodeos, ¿no?

—Tienes razón. Ven, acércate, quiero enseñarte algo.

Ambos caminaron hacia la gran mesa de caoba, del cajón extrajo Ilma Koleman la fotografía de un hombre y preguntó, tras mostrársela al hombre joven:

—¿Le conoces?

—No. Hace muchos años estuve en San Francisco, pero ahora acabo de llegar.

—Pues fíjate bien en este tipo y recuerda su cara. Se llama Elmer Weldon.

—Elmer Weldon —repitió como un eco el hombre rubio, para memorizar.

—Sí; tú averiguarás su domicilio y dónde puedes «cazarle».

Tras la última palabra Ilma Koleman hizo una pausa estudiada, para sentarse en un butacón y añadir, como aclaración:

—Elmer fue mi socio, pero el muy bribón quiere independizarse y realizar ciertos «negocios» exclusivamente por su cuenta, por supuesto que a un precio más bajo.

—Ya... —Fue lo único que musitó Tex Galkin, para dar a entender que comprendía perfectamente.

—Pues entonces, ya sabes lo que tienes que hacer.

Ilma Koleman se levantó y miró sonriente a la mano extendida del hombre joven que preguntó:

—¿Y el dinero, señor Koleman?

—Quinientos ahora. El resto ...«luego».

—De acuerdo, pero esta noche no puede ser. Ya tengo un trabajo.

—¿Cuál?

—Me han encargado que vigile a ese general Taylor.

—Olvidate de él; esto tiene prioridad.

—Pero el señor Wakerman me dijo que...

—Ya hablaré yo con Wakerman.

Tex Galkin volvió a encogerse de hombros, aplastó la punta del cigarrillo en el cenicero y admitió:

O. K., señor Koleman. ¡Usted manda!

—Eso es lo que hace falta que no olvides. ¡Que yo mando!

Ambos se dirigían a la puerta y por el camino el hombre joven repitió:

—Elmer Weldon, ¿verdad?

—El mismo. Tú verás cómo lo haces.

—No se preocupe, es cosa mía.

Pero su mano volvió a quedar extendida de forma pedigüeña y el dueño de la casa dijo, sacando la cartera y contando unos billetes:

—¡Eres tenaz, muchacho! Pero me gustas... Creo que llegaremos a ser buenos amigos.

—Me basta con entendernos, señor Koleman.

Salieron al gran salón donde los numerosos invitados seguían la alegre fiesta y al verlos, apresuradamente Natalie Koleman se apartó del grupo donde estaba excusándose:

—Perdonen...

Se cruzó con su tío y con aquel hombre que la atraía sin saber por qué, preguntándole:

—¿Te vas? ¿No querías bailar?

Tex Galkin no contestó: pero lo hizo Ilma Koleman por él:

—El señor Masson tiene trabajo. Hay en la casa mil invitados y puedes bailar con el que quieras, Nat.

La severidad de su tío no amilanó a la muchacha, que objetó, colgándose del hombre joven:

—Precisamente porque puedo elegir, prefiero hacerlo con él, tío.

Ilma Koleman fue a decir algo, pero se quedó con la boca abierta. La mirada del hombre rubio era significativa y sus labios le tranquilizaron.

—No tema, señor Koleman. A su tiempo cumpliré su encargo. Es una fiesta estupenda la suya y no quisiera perderla.

—¡Alex!

—¿Qué, señor Koleman?

—No... Nada... Bailad si queréis. Pero no olvides lo que te he dicho. ¡Nat es coto cerrado!

El dueño de la casa giró sobre sus tacones y se perdió entre la nube de sus invitados que le reclamaban. Y nuevamente a solas la muchacha indagó, visiblemente extrañada:

—¿Qué ha querido decir?

—Ya lo oíste; que no soy un tipo recomendable para ti.

—Eso ya lo sé. ¡Pero me irrita que elijan por mí! Mi tío tiene la manía del mando. Siempre hay que hacer lo que él dice.

Quedó pensativa, y ya mientras volvían a bailar alzó la cabecita rubia para mirar a los ojos del hombre indagando:

—¿Qué clase de encargo te ha hecho mi tío?

—¿No estás al tanto de sus «negocios»?

—¿Quién, yo? ¡Sólo me ocupo de gastar su dinero! No me interesan sus barcos, los fletes, las mercancías. Es un mundo demasiado complicado.

Y luego, tras una pausa dedicada por los dos al baile y

concentrarse en la música de la excelente orquesta contratada para la fiesta.

—¿No vas a decírmelo, Alex?

—No. Es un secreto entre tu tío y yo. Pero te prometo que algún día te lo diré. Por ahora...

—Por ahora sólo me importa una cosa, Alex.

—Vamos... ¡Suéltalo!

Dejó de bailar la muchacha, se separó de él sin soltarle del todo las manos y mirándole fijamente a los ojos preguntó:

—¿Es cierto, Alex? ¿Mataste a tu esposa y a aquel hombre?

—¡Qué bobada! ¿Quién te ha dicho eso?

—¡Lo leí! Sam y yo lo leímos en la Prensa al otro día de haberte ayudado. La radio también dio tus señas personales y habló de todo eso. ¡No me gustó tu «biografía» y te repito que me arrepentí de haberte indicado que si llegabas a San Francisco mi tío podía ayudarte!

—Pues ya ves; me ayudó y ahora soy uno de sus «empleados». Y en cuanto a lo otro, olvídalo. ¡La Prensa siempre le gusta ser sensacionalista! Sólo son patrañas: siempre lo hacen cuando logra fugarse un preso. Así la gente se horroriza y no encuentra ayuda. ¿Comprendes?

—Me esfuerzo en creerte, Alex. ¡Me gustaría creerte del todo!

—¿Por qué, Nat?

Se acercó a él, volvieron a bailar y susurró, rehuyendo la mirada del hombre y apoyando su cabecita rubia sobre el pecho varonil.

—Adivínalo, Alex. Creo..., creo que eres hombre de mundo y conoces mucho a las mujeres.

CAPÍTULO XI

Tex Galkin entró en una cafetería, pidió el listín de teléfonos y averiguó que Elmer Weldon vivía en la Avenida Lincoln, número 17. Luego marcó un número y ante la voz conocida quiso confirmar:

—¿Eres tú, Frank?

—Al habla, Tex, ¿qué pasa?

—Ilma Koleman me ha ordenado «cargarme» a un tal Elmer Weldon. Quiero que llames a la central y te informes todo lo que más puedas sobre ese individuo. Yo rondaré por Landing o estaré dentro del local. Mi contacto puede ser Judy o la otra chiquita que la acompañaba la otra noche, esa tal Rossy.

—Te esperará la trigueña, Judy.

—¿Por qué no la otra, Frank?

Frank Cooper rió al otro extremo del teléfono:

—Porque parece que te gusta y tú a ella también. Sabes que al jefe no le gustan las complicaciones.

—Descuida, cuando un tipo se dispone liquidar a otro, no está para esos devaneos.

—¡Te conozco, Tex! ¿No recuerdas lo de Hon-Kong?

¿Y lo de El Cairo?

—Olvida todo eso, Frank; mandes a quien mandes, quiero un informe completo sobre ese Elmer Weldon. Si tengo que enviarle al otro barrio, quiero saber al menos quién es y averiguar por qué le estorba a Ilma Koleman.

—De acuerdo. Judy te lo llevará. El mismo truco de siempre. Un intercambio de cigarrillos, ya sabes.

Colgó y al salir de la cabina vio a un policía uniformado esperándole junto al mostrador. El dependiente le miraba también,

como excusándose:

—¿Es suyo el «Impala» que está ahí fuera, señor? —preguntó el agente.

—Sí, ¿por qué?

—Tiene multa: mal aparcado.

—¡Vaya por Dios!

* * *

Al otro día, toda la Prensa *de* San Francisco traía en primera página la fotografía de Elmer Weldon y los grandes titulares rezaban:

«El conocido industrial naviero ha sido encontrado ahogado en la playa, cerca de Southlans Beach. Parece un desgraciado accidente, pero la policía investiga».

Ilma Koleman retiró el habano de sus labios para poder sonreír mejor, arrojó el diario sobre la mesa de su despacho y comentó, mirando al hombre alto y rubio que esperaba ante él, al otro lado de la mesa.

—Buen trabajo, Alex. Pero... ¿Por qué en la playa?

—No podía liquidarle en su casa. Toda la ciudad sabe que fue socio suyo y habría posibles sospechas. Así huele a «accidente», señor Koleman.

—¡Genial, Alex!

Se levantó acercándose al mueble-bar, sirvió bebida y ofreciéndole la copa a Tex Galkin alzó la suya anunciando:

—Un brindis. ¡Por mi nuevo ayudante personal!

—Gracias, señor Koleman. ¡Es un honor!

—Es de justicia. Tienes madera y además... Wakerman va para viejo.

—¿Qué dice de su gente? Quizá no me obedezcan.

—Eso es cosa tuya, metes a toda esa gentuza en cintura y en paz.

Le miró un instante dubitativo de pies y cabeza y confirmó:

—Sí... Creo que puedes hacerlo. ¡Te obedecerán!

—Leo Barrington no; ese saco de huesos me tiene «bola».

—Leo hará lo que le digas, comerá de tu mano, Alex.

—Por cierto, señor Koleman; ahora que habla de eso... ¿Qué hay de mis otros quinientos?

Ilma Koleman volvió a la mesa de despacho, sacó un fajo de billetes y los lanzó sobre el tablero.

—Ahí tienes dos mil, quiero que te instales bien.

El hombre rubio tomó el dinero, peinó los billetes con el pulgar de la otra mano y silbó bajo, musitando:

—Me gusta esto. ¡Es usted rumboso, señor Koleman!

—También soy severo, Alex. Anoche vi que seguías haciéndole la rosca a mi sobrina.

Tex Galkin se encogió de hombros y exclamó:

—¿Qué quiere que haga, señor? Nat se ha encaprichado de mí.

—¡Eres un presumido! Admito que tienes buena planta; pero te dije que Nat es coto cerrado. Voy a casarla con Clay Greyson.

—¿Quién es ése?

—Nuestro cónsul en Saigón.

—¡Vaya! ¿Y van a pasar su luna de miel en el Vietnam, en aquel infierno?

—Nat vivirá en Tokio. Ya les he comprado la casa.

Nuevo encogimiento de hombros del hombre alto y rubio, al decir:

—Me rindo, señor Koleman, no volveré a poner los ojos en su sobrina. Si vuelve a acercarse a mí, le ladraré.

El astuto Ilma Koleman reflexionó, buscó una postura cómoda en el sillón tras la mesa de despacho y contradijo:

—No, Alex. He cambiado de idea. Puedes rondar a Nat y salir con ella si quieres.

—¡Diantre, señor Koleman! ¿Quién le entiende?

—Es que he pensado que me conviene. Si por una casualidad la policía sigue tu rastro por lo que dejaste en Nueva York, la única forma de justificar que rondas por esta casa es Nat. ¿No la conociste a ella allí?

—Sí; en su finca de Rockaway, cuando me escapé de la «poli».

—Bien; pues eso es lo único que sé de ti. Que conociste a mi sobrina allí y os enamorasteis. Pero no sé qué te llamas Alex Masson y que mataste a Nino Moretty en el penal. ¿Estamos?

—Estamos, señor Koleman. Ahora mi documentación dice que

soy Howard Brossy.

—Tampoco «sé» la clase de tipo que eres, que te fugaste y todo lo demás. Sólo que sales con mi sobrina y nada más.

—Es lo prudente, señor Koleman. Pero no tema, hay muchas millas de Nueva York hasta aquí. ¡Ya se habrán olvidado de Alex Masson!

—Mejor así, amigo Howard... ¡Mejor así!

* * *

El apartamento era de lujo y estaba instalado en plena avenida Warwick Parish, a dos manzanas del paseo que bordea la gran bahía de San Francisco. Los edificios que tenía delante eran más bajos y desde el decimonoveno piso podía distinguirse parte de los tinglados del muelle y sus almacenes, instalaciones y el constante trajín portuario de aquella gran salida al mar, al océano Pacífico con sus mil rutas comerciales.

Tex Galkin entregó unos informes a la mujer trigueña que descansaba con las torneadas piernas colgando del brazo del sillón y dijo:

—Dile al jefe que no he podido conseguir más nombres, pero ya son bastante. Todos éstos están implicados, de una y otra forma, en la «organización» de Koleman.

—¿Qué hay de los estibadores, Tex?

—Te daré la lista mañana. Leo Barring está preparando su nómina y así sabré quiénes son.

Judy Palmer cambió de postura miró al agente de la C. I. A.

y quiso saber:

—¿Les pagan mucho a esos hombres por preparar los sabotajes?

—No, Judy, pero Koleman los tiene atrapados. Son todos hombres con algún pasado y cuentas pendientes; escoria, como ese Alex Masson que nos hemos sacado de la manga.

—Esos estibadores no conocen a Ilma Koleman, ¿verdad?

—Ni idea. Muchos hasta ignoran que existe. Los maneja Leo, Roy y otros matones. Y a su vez, a éstos los maneja ese Wakerman.

La mujer trigueña se levantó, cruzó la sala para ir a la cocina y mientras abría la nevera para servirse naranjada, desde allí habló,

alzando más la voz:

—Estás metido en un buen avispero, Tex. ¿Qué harán si te descubren antes que tú pongas sobre el tapete sus «actividades» para enviarlos a chirona?

—Puedes figurártelo, Judy. Mi piel no serviría ni para hacer un tambor.

Regresó de la cocina con dos vasos de fresca naranjada: producto típico californiano. Ofreció al hombre uno indagando, curiosa y provocativa a la vez:

—¿No tienes miedo, Tex?

—¿Y tú? También estás metida en el ajo.

—¡Bah! Una simple chica que visita a un guapo solterón de vez en cuando en su apartamento. ¿Quién puede sospechar de mí?

—Koleman no es tonto, princesa. ¡Me apuesto un zapato que ya sabe que vienes aquí!

—¿Y qué puede investigar? ¿Qué me conociste en Landing y que soy una mujer enamorada, a la caza de marido?

Tex Galkin se acercó a la mujer para coger su vaso vacío de limonada. Pero no se apartó de ella y mirándola fijamente dijo:

—Bromas aparte, Judy: ¿por qué no te has casado?

La sonrisa femenina fue divertida, pero con acentos nostálgicos:

—¡Vaya pregunta! Una agente femenina no puede tener a su marido esperándola tranquilamente en casita, mientras ella está por ahí... ¡Ves a saber qué clase de misión cumpliendo! ¿Tú admitirías que pasara las noches fuera de casa, con otros hombres?

Tex Galkin rehuyó la pregunta dejando los vasos sobre la mesa y aprisionando luego la cintura femenina.

—¿Y el servicio que te han encargado ahora te... te molesta?

Le miró intensamente, con los labios entreabiertos, musitando:

—No, Tex... No me molesta..., Pero debemos seguir siendo formalitos.

Y luego, apartándose del hombre y dándole la espalda, ocupada en arreglar sus cabellos comentó:

—Frank Cooper tiene razón. ¡Ya me avisó que fuera con cuidado contigo!

Molesto, roto todo el encanto y ocupándose a la vez de encender un cigarrillo, Tex Galkin sentenció:

—A ese charlatán de Frank un día le romperé las narices. ¿Qué

diablos te dijo de mí?

En la terraza la mujer se volvió mirándole divertida con sus grandes ojos y repuso:

—Que eras un hombre peligroso, Tex... ¡Y lo eres!

CAPÍTULO XII

Ilma Koleman dejó de pasear nervioso por su despacho, aún soltó un par de bufidos y reniegos más, para terminar por volverse como una serpiente atacada al hombre que esperaba su resolución e insistió, una vez más:

—¿Estás seguro, Alan?

—Totalmente seguro, señor Koleman. ¡Yo mismo he visto su ficha! ¡Le digo que Tex Galkin es un agente de la C. I. A.!

—¿Y ese Tex Galkin es Alex Masson, Howard Brossy o como quiera que se llame?

—Así es, señor Koleman. Estoy en los ficheros de la central y lo sé. ¡Es un agente del Gobierno!

Ilma Koleman, herido en su amor propio más que nada, bramó montando nuevamente en cólera:

—¡Mientes, majadero! ¡Y no te pago para hacer bromas! ¿Crees que me puede engañar cualquiera?

—Yo no le engaño, señor Koleman. Hace mucho tiempo que trabajo para usted y me juego mi puesto... Yo...

—¡Tu puesto! ¡Tu puesto! ¿Qué cobra un simple policía como tú, Alan? ¡Una miseria! ¡Yo te pago tres veces más, y no para que me traigas estas noticias!

Confuso, el sobornado policía musitó, mirando al suelo:

—Creí mi deber informarle, señor Koleman.

—¿Tu deber? ¡Tiene gracia esto! Hay para partirse de risa.

Y con infinito desprecio, el dueño de la casa terminó, midiéndole con la mirada de pies a cabeza:

—¿Qué sabe un hombre como tú de su deber?

Ilma Koleman encendió uno de sus aromáticos habanos y tras

varias bocanadas se calmó, empezando a comprender que su propio enfado le estaba haciendo desenfocar el asunto. Debía reflexionar hondamente y se puso a hacer, murmurando como para sí al poco:

—De forma que Alex Masson no existe, ¿verdad?

—Así es, señor, fue una bonita historia que se inventaron para meter a uno de sus agentes en su «organización».

—¿Bonita historia? ¡Es una historia asquerosa, Alan! ¡Nos han tomado el pelo!

Pero Ilma Koleman se había calmado y ahora reconoció:

—Sí... Han sido muy astutos. ¡Endiabladamente astutos! Y ese Tex Galkin ha representado muy bien su papel en el penal, con lo de Nino Moretty, en la fuga y en...

Quedó pensativo y al poco indagó:

—¿La muerte de Nino Moretty también es truco, Alan?

—No lo sé, señor Koleman. Sólo he podido enterarme que Tex Galkin es de la

C. I. A.

—Bien, eso es secundario. Allá ellos si para redondear la fama de Alex Masson se cargó de verdad a ese *gángster*. ¡Lo que importa ahora es cazarle!

—¿Cree que habrá logrado descubrir muchas cosas, señor?

—No lo sé, Alan. Pero me parece que no. En todo caso, se lo llevará todo a la tumba.

—¿Y si ha tenido contactos con sus compañeros?

—No lo creo; esos tipos, son tan astutos que van huroneando metiendo las narices en todo hasta llegar al fondo de las cosas. No se arriesgan a que les descubran y cuando tienen todo el pastel, entonces presentan su informe. ¡Pero no le daremos tiempo! Ahora nos toca jugar a nosotros.

—Hay que ir con mucho cuidado, señor Koleman —recomendó prudentemente el policía sobornado.

El millonario comprendió sus recelos y burlonamente dijo, recreándose:

—No temas, Alan. No perderás tu maldito puesto de polizonte. Y en todo caso, muchísimo más perdería yo.

—Sí, pero a mí... a mí...

Ilma Koleman olvidó aquellos temores y ordenó, imperioso:

—Ponte en contacto con el sargento Sidney. Quiero saber si la

muerte de Elmer Weldon también fue una comedia.

Tímidamente, el hombrecillo adelantó:

—Ya lo hice, señor Koleman. En cuanto me enteré que ese agente del Gobierno era... era...

—¿Qué hay de lo de Elmer Weldon? —atajó el naviero.

—Que no murió en la playa ahogado, señor. El sargento Sidney me ha dicho que le llevaron a la central, engañando también a la Prensa. Por eso los periodistas...

—¡Condenados sean! ¡Bien, que nos están preparando el pastel! Eso demuestra que nuestro querido amiguito del cabello teñido de rubio sí está en contacto con otros agentes. ¡Para encubrir todo eso se necesita colaboración con la policía de San Francisco!

—Entonces... ¿Le han descubierto a usted, señor Koleman?

—Así parece, Alan... ¡Así es! Pero nosotros les seguiremos el juego. Si nos dan cuerda para descubrirlo todo, nosotros también se la daremos haciendo ver que seguimos en el alero. Eso nos dará tiempo.

—Yo pediré unas vacaciones y no volveré. Mi esposa es canadiense y creo que allí, con un poco de dinero...

Ilma Koleman le volvió a mirar con desprecio de pies a cabeza. Sus labios se fruncieron despectivos y ordenó:

—Tú seguirás en tu puesto, amigo. Nadie atrapará a Ilma Koleman y por lo tanto nadie sabrá que has estado trabajando para mí.

—¿Piensa..., piensa marcharse del país, señor Koleman?

—Eso es cuenta mía. Tengo mil sitios a donde ir. Si vuelvo a necesitarte recibirás mis noticias... ¡Y los cheques, claro está! —añadió burlón.

—Bien, señor Koleman. Tengo..., tengo que volver. Mi servicio empieza dentro de una hora.

—Suerte, Alan. ¡Y mantén el pico cerrado! Yo arreglaré las cosas.

Y aquel hombre salió de la regia casa de Ilma Koleman pensando en que su codicia le había metido en un buen lío.

¡Ya no podría vivir nunca más tranquilo!

Todo tenía un precio. Como él...

Ilma Koleman hizo varias llamadas por teléfono durante las cuales mordió y aplastó sobre el cenicero de plata tres puros habanos y en la última bramó, colérico:

—¡Le he dicho que lo quiero todo en efectivo! ¡Todo! ¿Ha comprendido bien? ¡No me obligue a repetírselo!

Al otro extremo del hilo telefónico una voz medrosa, balbució:

—Pero, señor Koleman. Es... ¡Es mucho dinero! No sé si el Banco puede disponer de...

—El que quiere disponer de mi dinero soy yo. ¿Se entera, señor Linberg? Y no me importa las inversiones que ustedes hayan hecho con mi capital, su quiebra o que se los lleve el mismo diablo. Pidan empréstitos si quiere a otros Bancos. ¡Pero cumpla mis órdenes! Dispongo de un ejército de abogados para que lo pasen muy mal si no lo hacen así.

Unos discretos golpes en la puerta del despacho reclamaron su atención e Ilma Koleman colgó el teléfono sin dignarse a despedirse de su comunicante. Dio el permiso y uno de los criados avisó:

—El señor Wakerman ha llegado, señor.

—Que pase.

Diamond Wakerman entró, con su porte distinguido de gran señor, pero con la cara muy seria, alargada, denotando una gran excitación nerviosa. Miró al propietario de la casa y anunció:

—Todo está preparado, señor Koleman.

—¿Seguro, Waterman? ¿No fallará nada?

—Nada, señor. Me he cuidado personalmente.

—Bien; si ya hemos puesto el queso ahora nos falta el ratón. Mira por dónde ese delgaducho va a salirse con la suya.

—A Leo Barring nunca le gustó ese tipo, señor Koleman.

—Que no juegue ahora a adivino, Wakerman. ¡Bien que se tragó también la escenita del asalto al camión, como nosotros!

—Ha sido muy astuto. Quién iba a pensar que...

—¡Tú debiste pensarlo! —acusó iracundo—. Cuando se contrata a un hombre se ha de saber algo de él.

—De éste sabíamos muchas cosas, señor Koleman —se quitó el polvo el otro.

—¡Sí! Pero todas eran mentira. ¡Pura comedia para que picásemos el anzuelo, creyendo que fichábamos a un fenómeno!

Recordando algo, en aquellas horas críticas de recriminaciones,

Diamond Wakerman apuntó:

—Usted...

—¡No! ¡Yo no! Fue mi sobrina. Cuando me telefoneó desde Nueva York contándome la llegada de ese sabueso a la casa, me rogó que le emplease en algo. Yo oí los detalles y me hice una composición de lugar cuando me enteré quién era ese pájaro de Alex Masson.

—Me pregunto una cosa, señor Koleman.

—Vamos... ¡Suéltala ya!

—¿Por qué en su fuga, fingida o no también, eligió la casa de su sobrina para seguir representando su comedia allí? ¿Es que ya sospechaban algo de usted y por ese medio querían entrar en contacto con su «organización»?

Displicente, con la altivez acostumbrada en él, Ilma Koleman miró a su lugarteniente despreciativo:

—Eres idiota, Wakerman.

—Señor Koleman, yo..., yo...

—¡Qué, señor Koleman ni qué narices! ¡Claro que debían sospechar algo! A fin de cuentas, ¿no son mis barcos los que alquila el Gobierno para que transporten ese material al Vietnam? ¿No cobra mi compañía los seguros cuando son saboteados y hundidos? Eso ya era algo y han preferido empezar por ahí.

Cabizbajo, mirando a la alfombra, Diamond Wakerman reconoció:

—Han acertado, señor.

—Sí, pero tenemos tiempo de plegar velas y enfilearlas hacia otro rumbo. Ese Tex Galkin querrá llegar al fondo de todo. No ha dado un paso en falso hasta ahora y como todo le ha salido bien querrá redondear su triunfo. Lo que buscan también son los agentes extranjeros que nos pagan por nuestro «trabajo». ¡Y eso no lo conseguirán!

—Sólo los conoce usted, señor Koleman.

—Y como Ilma Koleman se esfumará con el riñón bien cubierto. ¡Ahí queda eso! ¿Total qué? Atraparán a unos cuántos hombres que nada nos importan y que tarde o temprano habrían terminado por estorbarnos también a nosotros.

—¿Y los barcos, señor? ¿Y la compañía?

—Eres imbécil, Wakerman. ¿Crees que no tenía preparada la

salida? Todas las acciones de la compañía las tengo vendidas, aunque en secreto para que no oscilara la Bolsa.

Pese al insulto, Diamond Wakerman sonrió complacido. Siempre había confiado ciegamente en aquel hombre, y, una vez más, le estaba dando la medida de sus portentosas dotes organizadoras. Estaba seguro que en el punto del globo donde fueran a parar, con el tiempo podrían montar un tinglado más o menos como el que ahora tenían que abandonar por la astuta intromisión de un hombre.

Estos pensamientos le llevaron al falso Alex Masson y dijo:

—Lástima que los muertos no puedan ver su fracaso.

Ilma Koleman una vez más le rectificó, con su proverbial agudeza:

—Fracaso a medias, Wakerman. No olvides que nos hace abandonar algo que aún nos habría podido proporcionar algunos millones más.

—¿Adónde iremos, señor Koleman?

—Tú, no lo sé. Ni tampoco sabrás tú dónde voy yo con mi sobrina.

—Pero señor yo... yo... creí que los dos..., los dos...

Abrió más los ojos llenos de angustia y terror, al añadir, reculando:

—¿Es que piensa...?

Ilma Koleman disfrutaba con aquello, pero le tranquilizó:

—No temas, Wakerman. Tendrás lo tuyo: cuando me traigan todo el dinero aquí te enviaré un buen «regalo». ¡Te lo mereces!

—Perdón, señor Koleman. Es que pensé..., pensé que quizá..., quizá...

—Leo Barring te lo llevará en un par de maletas. Claro que ese delgaducho no sabrá lo que lleva.

—De acuerdo, señor Koleman. ¡Ocupese ahora de ese entrometido!

Diamond Wakerman ya se dirigía a la puerta cuando le vio descolgar el teléfono y decir sonriente:

—Descuida que lo haré.

Pero cuando Ilma Koleman quedó nuevamente solo en el despacho, tras discar, habló por el auricular:

—¿Leo? Escucha bien, muchacho. Quiero una bala para

Wakerman. Te enviaré cinco mil.

Al otro extremo del hilo telefónico, Leo Barrington alargó más su huesuda cara en una mueca que intentaba ser sonrisa y sólo dijo:

—O. K.

Luego colgó.

CAPÍTULO XIII

Sonriente, amable como él sabía serlo cuando quería, Ilma Koleman vio acercarse a la pareja y preguntó, al llegar frente a él en la terraza:

—¿Os habéis divertido?

Natalie Koleman venía sofocada, con las mejillas arreboladas y un brillo de felicidad en sus ojos azules. Echó hacia atrás la melena rubia para inclinarse y depositar un beso en la mejilla de su tío y admitió:

—¡Mucho frío! ¡Alex es un conductor endiablado! ¡Ir con él da vértigo!

Cachazudamente, el naviero también admitió, con una doble intención que sólo él podía comprender:

—Cierto, Nat... Alex es un hombre que causa vértigo.

Vio que la muchacha se sentaba y la avisó, cariñosamente:

—Déjanos solos, Nat. Tengo que hablar con Alex.

—No sé lo que os traéis entre manos, tío. Pero no comprendo estos secretos. Yo creo que...

—Nat...

La muchacha comprendió. Conocía demasiado a su tío para saber cuándo debía cesar todo comentario y cumplir sus órdenes al pie de la letra. Por eso miró al hombre alto y rubio, alzó la manita y saludó:

—¡Chao! ¿Nos veremos luego, Alex?

Tex Galkin buscó primero la contestación en los ojos de Ilma Koleman, quien informó:

—Luego os veréis, Nat. Sólo son cinco minutos. Precisamente quiero hablarle de ti y de él.

Ruborizada, Natalie Koleman se detuvo en su marcha

señalándose al pecho:

—¿De... de nosotros, tío?

—Sí, Nat... He pensado que hacéis muy buena pareja. Yo ya voy para viejo y...

Más inquieta aún, sintiéndose confusa, la muchacha rubia eludió, mirando al hombre joven:

—Pero, tío... Alex no me ha dicho nada... aún y creo que...

Consiguió recuperar su calma y con más aplomo dijo de un tirón:

—Te confundes, tío. Alex y yo sólo somos buenos amigos. Simpatizamos, salimos juntos y nos divertimos, pero... ¡Nada más, tío! ¡Nada más! Y no dispongas de las vidas ajenas.

Les dejó solos y señalando hacia la galería, Ilma Koleman dijo, aún sonriente al hombre joven:

—Como todas las mujeres, es una tonta. Se avergüenza de confesar que está enamorada de ti, muchacho.

Tex Galkin continuaba guardando silencio. Consideraba que era lo más oportuno hasta ver en qué paraba todo aquello. La voz del naviero siguió:

—No te extrañe, el otro día hablé con Nat, prometiéndole que arreglaría lo tuyo con las autoridades y que quizá podríais...

Esta vez, siempre cumpliendo fielmente su papel, el agente de la C. I. A.

sí contestó:

—Usted sabe que eso no es posible. Nat cree que todo lo que dijo la Prensa de mí en Nueva York es mentira; le he dicho que simplemente me metí en un pequeño lío y que...

—El mundo es muy grande, Alex. Y la felicidad de Nat me importa mucho.

Cambió de tono, se acomodó más en el sillón de mimbre y propuso:

—Pero vamos a lo nuestro. Antes tienes que hacer un «trabajito» especial.

Tex Galkin le miró fijamente:

—¿Cómo el de Elmer Weldon, señor Koleman?

—Mucho más fácil. No tendrás que molestarte en llevar el cadáver a la playa, porque ahora se trata de un sucio sujeto sin importancia. Le dejas en su casa tendido con un par de tiros y en

paz.

—¿Quién es?

—Un mal sujeto. En un tiempo tuve tratos con él y ahora me chantajea. ¡Ya sabes cómo son esos hombres!

Muy serio, siempre fiel a su papel, Tex Galkin dijo:

—Lo sé, señor Koleman. ¡Yo soy uno de ellos!

—¡Oh, no, Alex! Tú eres distinto. Tienes más clase, más formalidad, más hombría. Yo estoy seguro que nunca... En fin; irás a verle a su casa, le entregarás un sobre con dinero y luego, cuando se confíe...

—Usted lo ha dicho, señor Koleman. ¡Será muy fácil!

—Sí. Morirá pensando que le sale bien el chantaje.

—¿Se llama?

—Haskett. Jack Haskett. Ahora vive en Santa Clara, un pueblecito cerca de aquí. ¡Se ha retirado de los negocios! Creo que tuvo que empeñar su pistola.

—¿La calle?

—No hay pérdida, la casa está casi junto a la carretera, es amarilla y con tejas pizarrosas. Villa Spring.

—¡Un bonito nombre!

—Llegas, dejas el motor en marcha, dices que vas de mi parte y le das el sobre. En pocos minutos puedes estar otra vez ante el volante regresando. La coartada la tienes, en caso de que hurgue la policía diré que has estado todo ese tiempo sentado en ese sillón de mimbre, hablando conmigo.

Tex Galkin sonrió, diciendo:

—No hará falta, pero de todas formas gracias. Con una declaración de Ilma Koleman, ni el fiscal general sería capaz de sospechar de mí.

Ilma Koleman sacó un sobre del bolsillo de la bata, abierto y mostrando unos billetes cuando se lo entregó, también sonriendo al añadir:

—Como el tipo tiene que ver el dinero, para confiarle, tu pago esta vez es ese dinero, por adelantado.

—¡Magnífico!

Pero las manos del hombre rubio contaron velozmente los billetes, diciendo extrañado:

—¿Por qué dos mil esta vez, señor Koleman?

—Es lo que me ha pedido ese asqueroso de Jack Haskett. ¡Da igual!

Luego miró su reloj, comprobó la hora y azuzó:

—Andando, chico. De aquí a Santa Clara hay unas millas. Debes regresar cuanto antes.

El hombre del cabello teñido de rubio se puso en pie y saludó, la mano en alto:

—Hasta pronto, señor Koleman.

—Suerte, Alex Masson —dijo Koleman.

Luego se puso a dormir allí, en la terraza sintiendo el perfume del cuidado jardín.

* * *

En la carretera de Santa Clara. La casa se llamaba Villa Spring y era de color amarillo con tejas pizarrosas. El sujeto se llamaba Jack Haskett.

No podía perderse.

Pisó a fondo el acelerador y pronto fue dejando atrás Berkeley, San José y Lakeville. Santa Clara era el pueblo próximo.

Sacó la estilográfica, manipuló un instante en ella soltando el volante sin perder velocidad y se puso a hablar:

—Estoy llegando, Frank. Hasta ahora sin novedad.

Una voz en falsete surgió del artilugio transmisor y receptor:

—Cuidado, Tex. ¡Mucho cuidado!

—No temas, el que se llevará la sorpresa será él. ¡Corto, Frank!

Distinguió la casa amarilla con tejas pizarrosas desde la carretera y enfiló un camino vecinal. Había un poco de cuesta y tuvo que cambiar la marcha. Al poco leyó en un letrero que campeaba en la entrada: Villa Spring.

Cerró el contacto y apagó el motor, llevando ya el sobre con el dinero en una mano, la izquierda, concretamente.

Por casualidad, uno de los cordones de sus zapatos debió aflojarse y Tex Galkin se inclinó para hacer la lazada. Tuvo tiempo suficiente para echar un rápido vistazo y al levantarse una voz pastosa saludó desde una de las ventanas:

—Buenas tardes, amigo. ¿Desea algo?

Ya incorporado, girando hacia aquella ventana contestó:

—Si es Jack Haskett entregarle algo. Me manda el señor Koleman.

—¡Ah! El viejo Koleman. Adelante, adelante. La puerta está abierta.

Tex Galkin no alcanzaba a ver al individuo solo de cintura para arriba. Vestía una bata de estar por casa de pésimo gusto y sus manos debían estar, por la posición, hundidas en los bolsillos de aquella prenda chillona.

«¡Mala cosa!», pensó el visitante.

Había otra cosa peor, la entrada en la casa.

¿Quién le aseguraba que al empujar aquella puerta no encontraba un par de balas esperándole para darle la bienvenida?

Mentalmente calculó que ningún profesional hace tal cosa. A unas veinte yardas había otra casa y un poco más allá otras. Incluso disparándole con silenciador la escena podía ser vista por casualidad por alguno de los vecinos. Si el tal Jack Haskett contaba con la sorpresa a su favor, sin duda esperaría a que estuviera del todo dentro para que todo ocurriese al refugio de aquellas cuatro paredes.

Se decidió y empujó la puerta de entrada, pasando al pequeño *hall* y volviendo a orientarse por la voz pastosa de la salida.

—Si trae el dinero, sea bienvenido, amigo.

Era un hombre alto, cuadrado, macizo. Aquellas espaldas bien podrían servir de frontón y su cara, enérgica y angulosa, parecía sin afeitar resaltando unos ojillos porcinos con destellos metálicos, de reptil.

Seguía con las manos obstinadamente hundidas en los bolsillos de la bata chillona. Bajo la prenda casera se veían sus pantalones y estaba calzado con los zapatos, enormes, como dos portaviones.

Por romper el silencio Tex Galkin quiso confirmar, alargándole una mano a guisa de saludo:

—Jack Haskett, ¿verdad?

Se quedó con la derecha en el aire, porque el tipo no se molestó en estrecharla. Sólo volvió a gruñir:

—¿Trae el dinero?

—Sí. Dos mil.

Ofreció el sobre con la esperanza que aquellas zarpas salieran de los bolsillos de la bata. Pero Jack Haskett debía ser zurdo porque

sólo sacó esta mano y tomó el sobre, casi con desgana.

Entonces Tex Galkin dijo, para forzarle.

—Cuenta los billetes, amigo Haskett. ¡No quiero líos con el viejo!

Si lo hacía tendría que emplear las dos manos. Pero nuevo fracaso al oírle decir:

—Es igual. Me fío. Koleman sabe que si no me da lo que le pido, puede pasarlo muy mal.

«Condenado seas», pensó Tex Galkin.

Pero recurrió a su última esperanza, tensos todos los nervios dispuesto también él a sacar velozmente su arma:

—Es que dentro viene una nota del señor Koleman. Debe leerla, le comunica algo.

El individuo sonrió ladinamente, opinando:

—¿Tan estúpido es el viejo que se dedica a escribir notas que le pueden comprometer aún más?

—No sé. Eso es cosa suya. Yo me limito a cumplir el encargo.

Al fin, despacio, con desesperante lentitud, aquella mano derecha salió del bolsillo de la bata chillona. Más que una mano era una zarpa, velluda y con uñas fuertes.

Pero sin ninguna arma.

Y ahora sí, ahora se dedicó a contar los billetes y buscó en el interior del sobre la nota que su comunicante le había dicho estaba allí. Al hacerlo giró sobre sus talones dándole la espalda ancha y recia al visitante, como aquel que no desea que nadie más pueda leer sobre el papel ni adivinar por su cara.

Y entonces Tex Galkin, con sus característicos reflejos, comprendió que se había equivocado.

La táctica de Jack Haskett no era disparar sacando un arma de las profundidades de los bolsillos de su bata, sino girar para hacer que leía y sacar la pistola de la sobaquera.

No le dejó hacerlo al adivinar el movimiento de aquel brazo doblado y su voz tronó a la espalda del tipejo:

—La zarpa quieta, amigo. ¡Un solo movimiento más y le aso!

—¿Eh? ¿Có... cómo?

—Dése la vuelta despacio, muy despacio y devuélvame ese dinero.

Empezó a hacerlo, protestando:

—¡Pero el dinero es mío! ¡Se lo dio el señor Koleman para mí!

—Exacto, pero no se lo ha ganado. ¡Todavía!

—¿Qué quiere decir?

—Que esos dos mil dólares son a cuenta de mi pellejo, señor Haskett. Ese viejo zorro de Koleman ha tenido la humorada de hacerme traerle el dinero de mi muerte a mi asesino.

—¡No diga sandeces, joven! Yo hace tiempo que rompí con Koleman.

—A otro perro con ese hueso. ¡No tragué el cuento! ¿Me devuelve el sobre? Y no se preocupe por la nota. La incluí yo.

—No..., no comprendo. Si usted recelaba que yo... yo... ¿Por qué ha venido?

—Simple placer por conocerle, Haskett. ¡El dinero!

Jack Haskett esta vez obedeció.

Pero arrojándole el sobre a la cara velozmente y con la misma celeridad hundiendo su mano derecha tras la bata para buscar su automática.

No debió hacerlo porque Tex Galkin, ladeándose con no menor celeridad, no dudo en apretar el gatillo dos veces y las dos balas resultaron mortales de necesidad, al incrustarse en la frente de aquel hombre, hastillándole los huesos.

Antes de rebotar contra el suelo pesadamente ya estaba muerto.

El agente de la

C. I. A.,

miró al humeante silenciador de su pistola y felicitó al arma:

—Te portaste bien, pequeña. ¡Él se lo buscó!

Con un pie dio la vuelta al corpachón, se inclinó sobre él y miró aquellos ojillos porcinos que parecían clavados en la eternidad.

Un asesino fracasado había dejado de existir. Bien estaba.

Buscó una toalla en el baño para envolver aquella cabeza agujereada y contener la sangre. No quería manchar la tapicería de su coche. Luego cargó con el cadáver y al sentir todo aquel peso gravitando sobre él rezongó:

—¡Canastos! ¡Cómo pesa el angelito!

Minutos después estaba de regreso, pisando a fondo el acelerador.

No hacía más que cumplir las órdenes de Ilma Koleman que le había dicho:

«Vuelve cuanto antes...».

CAPÍTULO XIV

Ilma Koleman terminó de hacer sus maletas, pulsó un timbre y cuando apareció uno de los criados de la casa ordenó:

—Dile a la señorita Natalie que venga.

—Sí, señor Koleman.

La muchacha recibió el aviso y entró en las habitaciones de su tío, extrañándose de ver las maletas sobre el lecho de nogal. En los dos últimos años Natalie Koleman no había vivido en aquella casa, pero sabía que su tío no era aficionado a los viajes y por eso preguntó:

—¿Pasa algo, tío? ¿A dónde vas?

—Vienes conmigo, Nat. ¡Nos marchamos de aquí!

—¿Yo? ¿Pero, a dónde?

—De momento, lejos de San Francisco, lejos del país. Luego ya veremos dónde nos aposentamos.

—¿Pero por qué, tío? ¿Por qué?

—No hagas preguntas, Nat. Sabes que no me gusta que me contradigan.

Natalie Koleman decidió por una vez oponer resistencia. No le seducía la idea de un viaje precisamente ahora que...

No concretó su pensamiento del todo, pero preguntó:

—¿Y Alex, se ha marchado?

Ilma Koleman dejó de trajarinar con las maletas metiendo en ellas papeles, carpetas y cosas. Su rostro se transformó desapareciendo toda la amabilidad y gritó más que dijo:

—¡No nombres más a ese bribón, Nat! ¡Me crispa los nervios!

—Sé que nunca ha sido santo de tu devoción y quizá tengas razón, tío. Yo también me pregunto muchas veces si Alex...

—¡Alex! ¡Alex! ¡No se llama así!

—Bueno, sé que cambió de nombre hasta que logres arreglar su problema, pero...

—Alex Masson, Howard Brossy o Tex Galkin, como quiera que se llame de verdad, ya no tendrá más problemas, Nat.

La muchacha se alarmó.

—¿Qué quieres decir?

—¡Que ha muerto!

Natalie Koleman avanzó hacia su tío para tocar uno de sus brazos con las manos crispadas y gritar:

—¡No! ¡No es cierto! ¡Me estás mintiendo!

—Mira, pequeña, han pasado muchas cosas difíciles de explicarte y lo mejor será que vayas hacer tus maletas. Ignoro del tiempo que podemos contar, pero calculo que no será mucho.

—¿Pero es que huimos de algo, tío? ¿Qué ha pasado con Alex?

—Te lo he dicho, Nat. ¡Ha muerto!

Algo quedó roto en el interior de la mujer, haciéndole exclamar, sin ningún miramiento para con su tío:

—¿Cómo lo sabes? ¿Le..., le has matado tú, tío? Fuera de sí, también perdidos los estribos al calcular una vez más todo lo que significaba para su cómoda vida la intervención de aquel hombre, exclamó:

—¡Qué más quisiera yo! De tener menos años le habría estrangulado con mis propias manos.

—¿Pero por qué? ¿Qué te ha hecho? Y si nos ha hecho algo por ser realmente un perdido, un sinvergüenza, ¿por qué tenemos que huir nosotros?

Consumiendo la poca paciencia que le quedaba, Ilma Koleman contestó:

—Te lo diré en dos palabras, Nat. ¡Ese hombre es un traidor!

—¿Traidor a quién?

—Se llama realmente Tex Galkin y es un agente secreto del Gobierno, de la

C. I. A.

Y tiene pruebas contra mí suficientes para llevarme a la cámara de gas. ¿Comprendes ahora?

Contra lo que esperaba, Natalie Koleman nada repuso y una extraña expresión se reflejó en su rostro. Primero abrió mucho la boca y luego la cerró sin articular palabra. El azul de sus grandes

ojos se hizo más intenso al clavar su mirada en las pupilas de su tío y al fin pudo decir:

—Entonces... Alex no es un... un...

Se interrumpió de pronto, el tono de su voz cambió y se hizo resuelto al decir:

—Yo no me voy tío. Ahora más que nunca es preciso que hable con Alex.

Ilma Koleman alzó velozmente su mano y el revés sonó sobre la mejilla femenina, a la par que gritaba:

—¡Perra! ¿Vas a dejarme por ese mequetrefe?

El castigo inesperado aún la sublevó más. Llevó una mano a la mejilla dolorida y furiosa gritó:

—¡Viejo déspota! Siempre hiciste tu capricho en todo. Pero ya no soy una niña, ¿sabes? ¡Soy una mujer y puedo elegir! ¡Y máxime cuantío huelo algo sucio en todo esto!

—¿Sucio? ¿Qué me dices de tus joyas, de tus pieles, de tus vestidos, de tus coches? ¿No te he tenido siempre como una reina? No puedes olvidar todo eso ahora Nat. ¡No puedes!

—Explícame lo que ha pasado, por qué Alex puede enviarte a la cámara de gas, y entonces... quizá...

—¡No hay tiempo! ¡Y tú harás lo que yo diga!

Estaba plantado furioso ante ella, como jamás le había visto. Y en el rostro del viejo Koleman, cuando de su cara desaparecía la sonrisa y todo fingimiento, se reflejaba una dureza extrema, pétrea, avasalladora.

Natalie Koleman intuyó otro golpe y reculó hacia la puerta.

Y al abrirla para salir se encontró en el pasillo al hombre alto y rubio que por lo visto había estado escuchando.

Fue a pronunciar su nombre, a acercarse a él, cuando comprendió que ella era un segundo término en aquel problema al verle que se dirigía hacia la habitación de su tío.

Y en la mano del hombre había un arma. Una pistola que debía tener algo extraño acoplado en el cañón.

Tex Galkin entró en la habitación y encañonó al dueño de la casa.

—Terminó su juego, señor Koleman.

El naviero clavó en él sus ojos bramando:

—¡Condenado seas! ¿Lograste escapar?

—Fue una trampa muy burda, amigo. Digna de un principiante.

—¿De veras?

—Sí. Olvidó un detalle importante. El teléfono de Diamond Wakerman lleva días intervenido, como el de usted. Pudimos oír cuando hacía el encarguito a Jack Haskett ordenado por usted.

—Muy listos. Los chicos del Gobierno jugáis con todos los naipes de la baraja, ¿verdad?

—Eso tampoco debió olvidarlo, viejo.

Ilma Koleman pensó un instante, deseando saber.

—Entonces..., Wakerman...

—No, no ha muerto. Está esperándole en la central. Oímos cuando le ofreció cinco mil por su piel a Leo Barring, un pájaro que tampoco podrá volar más.

El millonario se encogió de hombros, decidió adoptar una tranquilidad divertida e irónica y lamentó:

—¡Lástima! De no haber discutido con mi sobrina ya no estaría aquí. No me habrías pescado.

—Nuevo error. No habrían dado dos pasos fuera de esta casa. Todo está bien vigilado.

Ilma Koleman sonrió, con cinismo. Calculó que aún podía jugar su último naípe y preguntó, sin venir a cuento:

—¿Cuántos, señor agente Tex Galkin?

—¿Cuántos qué?

—Cuántos de los suyos están en el ajo, enterados de esto.

Tex Galkin adivinó, respondiendo también con sorna:

—No tiene usted millones para comprarlos, amigo.

—¿Sabe cuántos hay ahí, en esas maletas?

—Más o menos sí, sus Bancos y cuentas corrientes también estaban vigilados.

—Entonces, si lo sabían todo, ¿por qué han alargado tanto la comedia?

—Era preciso darle más cuerda. No sólo nos interesa usted y su organización, Koleman. ¡Buscamos algo más!

—Ya. Los agentes extranjeros, ¿verdad?

—Usted lo ha dicho.

—¡Qué ingenuo!

—No lo crea, sabemos de dónde vienen los golpes, pero queremos a los pájaros y usted nos llevará a ellos.

—¿Y si me niego?

—Peor para usted, Koleman. Yo me desentiendo de ello.

Ilma Koleman guardó silencio, mientras sus manos, pulcras, bien cuidadas y apenas sin arrugas a sus sesenta años, acariciaban las maletas de cuero cerradas. Luego volvió a clavar los ojos en los del hombre alto y rubio, diciendo:

—Sólo una cosa, Alex, o Howard, o Tex...

—Tex Galkin desde ahora, amigo.

—Sólo una cosa. Al fingir que huías de la policía tras lo de Nino Moretty, ¿por qué precisamente elegiste la casa de mi sobrina para refugiarte?

—Mire por donde ése fue nuestro único fallo, aunque nos salió bien. Teníamos noticias de que usted estaba allí. Ya sospechábamos hace tiempo algo, pero de una forma inconcreta. También suponíamos que su organización precisaba tipos de la catadura de Alex Masson y...

—Comprendo, no estaba en la finca de Rockaway porque una reunión me retuvo aquí.

—Entonces jugué la carta con su sobrina.

—¡Es una estúpida! Como todas las mujeres.

—No las aprecia usted mucho, ¿verdad, Koleman? Tengo entendido que nunca tuvo suerte con ellas.

—No. Incluso ni con Nat, mi sobrina.

—Ya es tarde para rectificar, pero le voy a decir una cosa, viejo, a las mujeres les pasa como a las guitarras. Depende de cómo se las cuida, cómo se las toca, cómo se las temple, así dan notas buenas o malas.

—Usted es maestro en eso, ¿verdad, polizonte?

—Puede. Pero me temo que ahora Nat no va a apreciarme mucho.

—No lo creo. Hace un instante le defendía. Repito. ¡Son estúpidas!

—Le diré, Koleman, sólo le agradezco una cosa. El que no haya mezclado en todos sus crímenes a su sobrina.

—¿Para qué hacerlo? Nat es incapaz de ver morir a una mosca.

—Y usted capaz de dar grandes fiestas, vivir en la cumbre, darse una vida de rey y dormir tan tranquilo, sabiendo que un barco se hundía en pleno Pacífico y muchos hombres se ahogaban en alta

mar, ¿verdad?

—Yo no colocaba esos explosivos.

—Pero los mandaba poner a través de los enlaces de su organización. Y ahora dígame por qué, ¿por más millones, por más dinero o por ideas?

Ilma Koleman pareció sorprenderse y preguntó:

—¿Por ideas? No, no. A mí me importa un rábano quién pueda ganar en la guerra del Vietnam.

Luego avanzó hacia el agente de la

C. I. A.,

ofreció sus muñecas y suspiró:

—Bien, he jugado y perdido. Cuando quiera, joven.

* * *

Debía volar a Washington a presentar un informe completo y estaba en el aeropuerto, junto a Natalie Koleman que no había hablado mucho durante el camino.

Pero ahora, al acompañarle a la pista, la mano femenina se posó en el antebrazo del hombre y preguntó:

—¿Volverás, Tex?

—Sí, Nat. Es cosa de unos días.

—¿Y si luego te encargan otra misión?

Tex Galkin se envaró:

—¡Narices! Uno tiene derecho al descanso. Entre pitos y flautas llevo una buena temporada. Pediré unas vacaciones.

—¿Las pasarás en Washington?

—Las pasaremos aquí, Nat. ¡Los dos juntos!

Minutos después el reactor despegaba y viendo Frank Cooper y Jeff Landsbury una mano femenina aletear despidiendo a uno de los viajeros, el agente de la

C. I. A.,

comentó con su compañero:

—Tex siempre anda metido en líos de faldas. Pero esta vez me parece que le han cazado a él. ¡Y me alegro!

FIN

Enrique Martínez Fariñas (¿? - f. 1985 en Barcelona, Cataluña) fue un escritor muy polifacético, cultivó prácticamente todos los géneros populares, novela rosa, novela del oeste, novela fantástica, novela histórica, novela gráfica e incluso biografías. A partir de los años setenta, frecuentó la novela erótica.

Trabajó para diversas editoriales y utilizó multitud de seudónimos, algunos en exclusiva y algunos compartidos. Más adelante se hizo cargo de la Editorial Ceres, filial de la Editorial Bruguera, especializada en lecturas para adultos. Más tarde se unió a la Editorial Fórum del Grupo Planeta, teniendo en plantilla a muchos antiguos autores de Bruguera.

Durante su trabajo en Bruguera, adaptó relatos clásicos para la colección «Historias». Con el dibujante Beaumont, creó tres series de cuadernos, entre las que destaca *El Príncipe de las Brumas* (1961).

Usó multitud de seudónimos, como Lucky Marty, E. M. Fariñas, Elliot Dooley, Henry

D'Oray,

Ivonne Bel, Jack King, Adam Nebles, Young Lassiter, Don Carter, Chantal Fleury, Helmuth Von Sohel, Enrico Farinacci, Al Barton, Ram Parrot, Raúl Artz, Richard War, Cliff Maxwell, Irving Smutty, Giovanni Casanova, Master Space, Ralph Benchmark, o Lew Spencer.